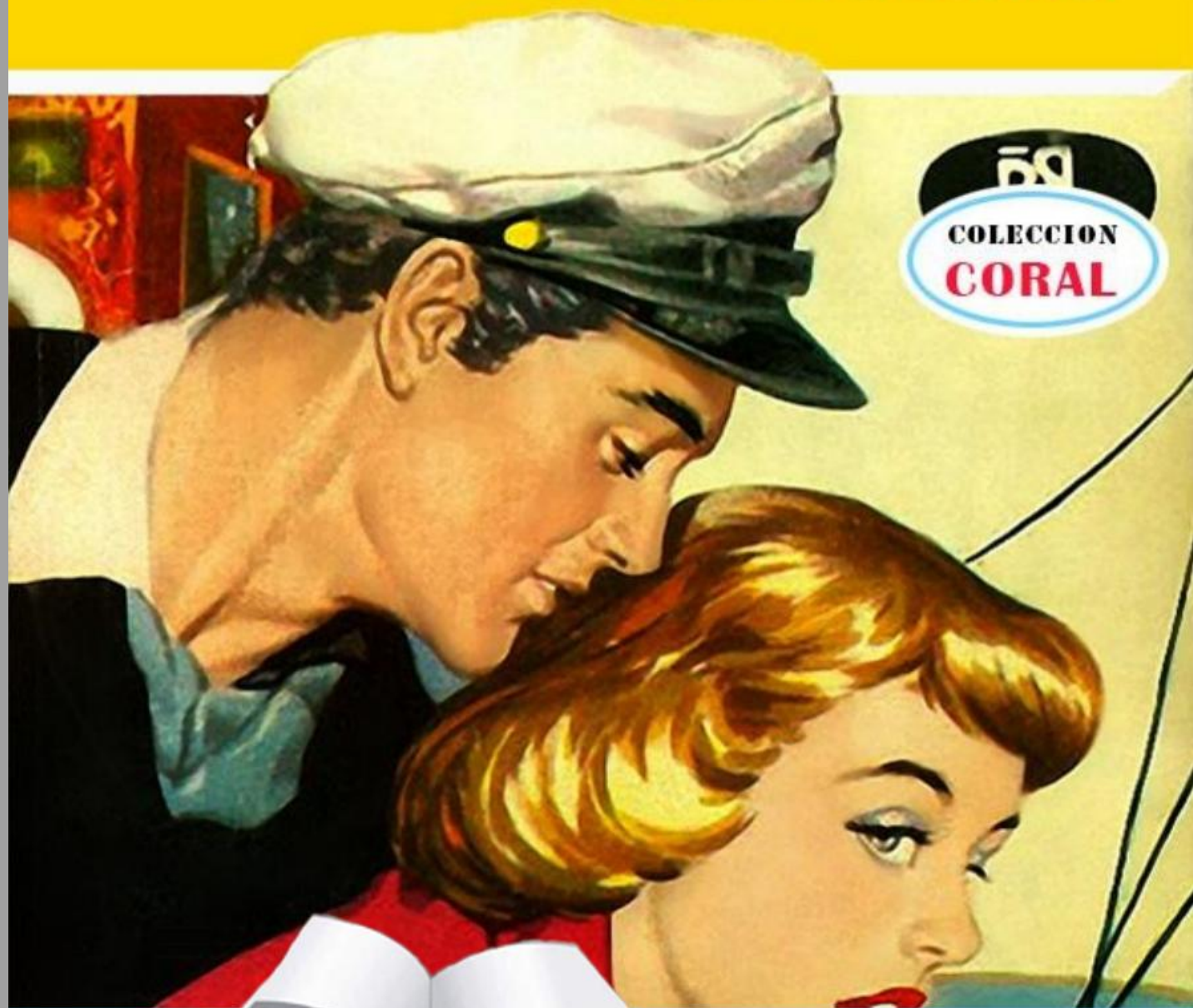


# Corín Tellado

se

*Un secreto  
entre los dos*



59  
COLECCION  
CORAL

**LIBROPDF.COM**

—¿Qué miras, Martine?

—El yate de Mark Mansfield, que acaba de anclar en el puerto.

—Otra vez lo tenemos aquí —dijo Ann Williams, suspirando—. ¿Crees tú que se quedará en Troon mucho tiempo?

Martine Morgan, heredera del muy noble lord Konen, se volvió con lentitud. Era una linda joven rubia, de grandes ojos claros, los cuales contemplaron ahora a su aristocrática amiga con cierta ironía mal disimulada.

Corín Tellado

# Un secreto entre los dos

Bolsilibros: Coral - 114

ePub r1.0  
Titivillus 15.08.18



Título original: *Un secreto entre los dos*  
Corín Tellado, 1957

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

**DISFRUTA MAS CONTENIDO EN**



## CAPÍTULO PRIMERO

### —¿Qué miras, Martine?

—El yate de Mark Mansfield, que acaba de anclar en el puerto.

—Otra vez lo tenemos aquí —dijo Ann Williams, suspirando—. ¿Crees tú que se quedará en Troon mucho tiempo?

Martine Morgan, heredera del muy noble lord Konen, se volvió con lentitud. Era una linda joven rubia, de grandes ojos claros, los cuales contemplaron ahora a su aristocrática amiga con cierta ironía mal disimulada.

—Lo ignoro, Ann. Cuando me levanté esta mañana lo he visto aquí. Me refiero a su yate.

—*Lady Hamton* estará satisfecha de verlo de nuevo en su castillo.

—Sí, como todas nosotras.

Martine dio la vuelta sobre sí misma y fue a tenderse en el canapé entre revuelo de faldas perfumadas. Encendió un cigarrillo con ademán indolente, muy característico en ella, y comentó:

—Me gustaría que el poderoso Mark me pidiera por esposa.

Ann se echó a reír.

—¿Tú sola? No todos los días aparece un partido como Mark Mansfield, querida

Martine. Ten en cuenta que su fortuna es extraordinaria y nosotras deseamos un marido rico.

—Lo necesitamos, Ann —apuntó la otra, burlona—. Papá tiene una gran fortuna, pero somos varios hermanos y las mujeres de nuestra raza se han casado siempre con hombres poderosos. Ello indica que yo, como todas mis antepasadas, debo esperar al mirlo blanco, y si no llega..., no me seduce nada la idea de quedar soltera.

Ann suspiró.

—Nos será fácil cazar a un hombre como Mark, que no cree en el amor de las mujeres.

—Somos muchas las que estamos dispuestas a convencerlo con nuestras coqueterías, pero no creo que ello sirva de nada.

—Martine, si me lo permites te digo algo en secreto.

La aludida contempló a su amiga a través de las volutas de humo que escapaban con voluptuosidad de su bien trazada boca.

—¿Un secreto?

—Para ti y para mí lo es.

—Pues dime...

—Detesto a Mark Mansfield, detesto sus ironías, sus sonrisas sarcásticas, su palabra fácil, su descaró en la mirada, su burla, que nos acecha a cada instante.

Martine se sentó de golpe en el canapé y al pronto no dijo nada. Después soltó el cascabel de su risa y manifestó, entre hipos:

—Daría..., ¡qué sé yo lo que daría!, por verlo a mis pies para mofarme de él. Me casaría, Ann, pero —bajó la voz y añadió, con rara entonación—: Lo detesto como tú, Ann, o quizá con mayor intensidad si esto es posible. Si hay alguien que ponga todos nuestros defectos a ventilar, ese es Mark. ¿Recuerdas la última fiesta a la cual asistió Mark antes de marchar?

—La recuerdo muy bien.

—Aquella noche creí que tenía el triunfo en mi poder y el rey del petróleo se rio en mis propias narices. Me dijo que era una coqueta, que no buscábamos el corazón de los hombres, sino satisfacer nuestra vanidad inconmensurable. Añadió que ninguno de los repliegues de nuestro carácter le pasaba inadvertido y terminó diciendo que de buen grado se convertiría en un pobre mendigo. Con ello significaba que lo que deseábamos era su capital.

Ann sonrió.

—¿Acaso no es cierto?

—El hombre en sí es... magnífico —dijo Martine, muy bajo, pensativamente.

—Otros muchos en Troon son tanto o más magníficos que él y pasan por nuestro

lado como si pasaran nubes de verano. Estamos solas, Martine, y podemos quitarnos nuestras caretas. Tanto tú como yo, como Fhyllis Haymes y tantas otras, no buscamos un hombre porque nos lo inculcaron así desde chiquititas. Buscamos elevar más y más nuestra posición social y económica.

—No me irás a decir que Mark Mansfield es un aristócrata cien por cien.

Ann volvió a sonreír con sonrisa mundana.

—En los tiempos actuales, la aristocracia es el dios dinero. ¿O es que sueñas,

Martine? Aparte de eso, Mark será algún día lord Hamton, puesto que la muy estirada tía Isabel Mansfield dejará su fortuna y su título al americano millonario. Hoy tiene pozos de petróleo, mañana se unirá a ellos la fortuna nada despreciable de Isabel Mansfield, *lady* Hamton, y Mark será uno de los hombres más codiciados de nuestra sociedad. Tu padre es muy orgulloso, Martine, ¿pero crees que no te hubiera permitido casarte con Mark?

Martine no dijo que sus padres lo estaban deseando, ¿para qué? La afirmación no la necesitaba Ann porque la conocía de antemano. Una negación hubiera resultado ridícula, fuera de lugar.

—Mira su yate —dijo por toda respuesta—. Fíjate qué elegancia, qué blancura, qué majestad. Parece el mismísimo Mark.

Ann suspiró.

—A estas horas todas nuestras amigas estarán mirando como nosotras.

—Sí.

—Y volverás a mirar cuando una mañana, después de una gran velada social, el

yate desaparezca sin dejar rastro. ¿Cuántas veces, en el transcurso de estos años,

apareció y desapareció su yate de la bahía? —sonrió veladamente—. Muchas. Ni Isabel Mansfield ni nuestras coqueterías han retenido más de un mes en Troon a nuestro hombre.

—Me gustaría ser Mark Mansfield —rió Ann, con cara de niña ingenua.

—¿Acaso crees que yo dudaría un instante en cambiarme por él?

—Estamos hablando tonterías. ¿Sabes? Vengo a buscarte para ir al club y aún

estás sin vestir.

—Lo hago en un instante.

Pulsó un timbre e inmediatamente apareció una doncella en el umbral del gabinete.

—Voy a salir —dijo Martine—. Prepárame el baño.

—En seguida, señorita.

\* \* \*

Mira, Fhyllis, el yate de Mark. ¡Dios mío, daría... qué sé yo lo que daría por casarme con él!

—Pues no te hagas ilusiones —rió Lil Sanz, con sonrisa cautivadora—. Yo no digo lo que daría por casarme con él porque de todos modos no voy a conseguirlo. Ni lo conseguirá Ann con su sonrisa mundana, ni Carolina, ni Martine Morgan, ni ninguna otra.

—Algún día tendrá que casarse y su tía lo está deseando.

—Sí —admitió Lil, pensativamente—. Isabel Mansfield lo está deseando.

Cualquiera de nosotras le agradaría a *lady* Hamton como esposa de su sobrino. Pero Mark no está de acuerdo.

—¿Crees que tiene algún amor en secreto?

—Lo dudo. En Troon no lo tiene porque se hubiera sabido.

—Esos hombres cargados de dinero y de mundología nunca dicen lo que tienen.

Y si no es en Troon, está en otra parte cualquiera del mundo. Ten en cuenta que navega constantemente y quizá en una de sus visitas a los países exóticos...

—No es hombre de amoríos fáciles —comentó Lil, sin dejar de mirar por el ventanal hacia el puerto donde el yate blanco del rey del petróleo parecía mecerse majestuosamente— Mark tiene o no tiene, y puesto que no lo dijo, es que no tiene nada.

—Lil —murmuró Fhyllis, con acento apagado—. Lo que más temo en el mundo es el sarcasmo de Mark.

—También yo —admitió la otra, con despecho—. Todos nuestros defectos salen a relucir cuando menos se espera en la boca de ese hombre.

—La que tiene más probabilidades de éxito es Carolina Arnold, no solo por su belleza cautivadora, sino por su mundología, por su don de gentes, por su coquetería, por su alcurnia y por la amistad que une a *lady* Alicia con la tía de Mark.

—No me considero una idiota —adujo Lil, despampanante y retadora—. Mírame. ¿Soy fea? ¡Mil veces no! ¿Coqueta? Con delicadeza —rio, moviendo sus hermosos ojos negros—. ¿Mundología? En grado correcto. ¿Don de gentes? ¡Bah! Desde que era así —y puso la mano a la altura de su rodilla— recuerdo fiestas, personalidades y reuniones. Era un ratoncito Pérez y ya caminaba erguida y serena por los grandes salones de mi casa haciendo reverencias y hablando con personajes imaginarios. Y en cuanto a linaje, no olvides que pertenezco a una de las mejores familias de Escocia.

—Lo que indica que no pierdes las esperanzas —sonrió Fhyllis, burlonamente.  
—Exacto. No señales a Carolina como posible esposa de Mark. Ya te he dicho que cualquiera de nosotras sería bien acogida por la orgullosa Isabel de Mansfield.

—Menos yo.  
Lil se echó a reír de buena gana. Contempló a su amiga detenidamente y su sonrisa se acentuó. Fhyllis Haymes era una criatura ideal. Delgada, morena, esbelta y cimbreante. Pero pese a su gran capital, su papá era de procedencia oscura, casado con una aristócrata inglesa hacía exactamente diecinueve años y aún nadie olvidó el ruido producido por aquella boda desigual. A juicio de Lil Sanz, aquello no tenía ninguna importancia, pero Fhyllis sabía muy bien que para el de la orgullosa Isabel de Mansfield la tenía mucha.

Y sabía asimismo que dada la escasa salud de la dama, Mark, que adoraba a su tía, no solo por ser su tía y hermana de su padre muerto, sino porque era su único pariente, acataría los consejos de la dama sin rechistar en el supuesto de que decidiera elegir esposa. Era sabido que Mark, cuando se casara, cosa que nadie sabía cuándo iba a hacerlo, se uniría a una hija de algún amigo de la dama. Mark nunca efectuaría un matrimonio desigual y todas las jóvenes aristócratas de Troon le tenían echado el ojo sencillamente. Pese a sus ironías, a sus burlas y a sus sonrisas sarcásticas, todas las jóvenes de Troon lo amaban un poco, no solo por sus muchos millones, sino porque realmente era un gran mozo.

—¿Por qué tú no? Todo sería que a Mark se le metiera en la cabeza hacerte su esposa.

Fhyllis sonrió bondadosamente.  
—Ya se encargaría *lady* Hamton de echarme de ella. He visto a esa dama en varias fiestas desde que me presentaron en sociedad. Lil, jamás odié a nadie, pero a Isabel de Mansfield, sí. Es orgullosa y exigente. En vida de mamá jamás nos invitó a uno de sus jueves famosos. Tú sabes, como lo sabemos todos, que la persona que es invitada a un jueves de *lady* Hamton se eleva seis peldaños en la vida social, y pese a que mamá fue compañera de ella cuando ambas estudiaban en el pensionado de París, siempre la desconoció desde que mi madre se casó con papá.

—Quizá eso influya para que Mark se fije en ti.  
—Y se fija —sonrió Fhyllis—. Claro que sí. Aparte de los jueves de *lady* Hamton, yo soy invitada a todas las fiestas que se celebran en Troon, y a mi casa acuden todos los aristócratas cuando papá decide celebrar una reunión. Recuerdo



incluso que Mark fue invitado en una ocasión a nuestro coto de caza y aceptó encantado.

—¿Y por qué no trataste de conquistarlo entonces?

—Porque Mark siente pasión por la caza y le importó un rábano la hija de su amable anfitrión.

—Como siempre: el caballero desdeñoso. ¿Sabes lo que te digo, Fhyllis? No me explico por qué Isabel de Mansfield desea una aristócrata para su sobrino, puesto que él no lo es.

Fhyllis se echó a reír, ahora de buena gana.

—Pero, Lil, ¿te has entontecido de repente? Mark cuenta los millones por docenas, tiene pozos de petróleo en varias partes del mundo, su madre era una dama aristócrata cien por cien y el hecho de que su padre fuera solo un millonario no fue obstáculo para que al hijo se le recibiera con todos los honores en los grandes salones londinenses. Ten en cuenta, además, que el día de mañana será lord Hamton y este título es uno de los más antiguos de Inglaterra.

—Muy enterada estás —rio Lil, divertida.

—Me lo contó papá que nunca tuvo tantos millones como para que le fuera perdonada su falta de nobleza.

—¿Sabes lo que te digo? Con Mark, su tía y demás cuentos tártaros, nos estamos perdiendo un tiempo precioso. Vístete. Ann y Martine me llamaron por teléfono y quedamos en reunirnos en el club.

—En seguida estaré. ¿Me ayudas tú? Prefiero prescindir de mi doncella.

\* \* \*

—¿Qué miras, Carolín? —preguntó *lady* Arnold, situándose tras la espalda de su única hija.

—El yate de Mark, mamá. Por lo visto ha llegado anoche.

—¿De varas?

Su boca sonrió y los ojos brillaron tras los cristales de aumento.

—Carolín, hijita, no te lo dejes escapar esta vez. Es demasiado precioso el capital

de Mark y su linaje no es despreciable. Procura que esta vez no se marche sin decir adiós. Y mejor es aún que te lleve consigo.

La hija dio la vuelta. Era alta, distinguida, rubia, y tenía los ojos azules y grandes. Una gran belleza demasiado perfecta quizá para el hombre de origen americano que gustaba de la sencillez y de las cosas pequeñas y frágiles. El contraste, claro. Él era alto, flaco y esbelto. Aquella linda aristócrata era esbelta también, pero su estatura no desmerecía al lado del zanquilargo, y ya dijimos que a Mark le gustaban las cosas pequeñas.

—Es difícil, mamá.

—¿Por qué? Isabel se alegraría de ello.

—¿De qué?

—De que te casaras con su sobrino.

—Sí, también a mí me gustaría. Pero Mark es demasiado..., demasiado

desapasionado, y no se casará a tontas y a locas. Bajo su máscara de sarcasmo se oculta un gran temperamento y busca algo ese temperamento. Que lo encuentre o no, lo ignoro.

—Puedes ser tú.

—Sí. También puede ser Lil Sanz, Martine Morgan, Ann Williams o Fhyllis

Haymes.

—Esta, no.

—Bueno, descártala, pero no descartes a la hija de lord Konen ni a sus amigas.

Todas están locas por Mark.

—Por su dinero.

Carolina sonrió con risa mundana.

—Como yo —admitió de buen grado.

—Una chica pobre y de origen anónimo puede enamorarse de un hombre, aunque

te repito que el amor es una estupidez. Pero una chica como tú y tus amigas no puede enamorarse de nadie. El corazón libre, el cerebro despierto, el sentido alerta, la coquetería, que es la que vuelve locos a los hombres, siempre en los ojos y en la sonrisa. Esa es la lección que tú tienes aprendida. ¿No es cierto?

—Lo es.

—Pues adelante. Mark no puede esperar amor de la mujer porque tiene

demasiado dinero y nunca lo amarán por sí mismo porque... hemos de reconocer que es detestable.

Carolina abrió mucho sus sabios ojos de niña bien ambientada en lides amorosas.

—¿Detestable? ¡Pero si es magnífico!

—Sí, con su sarcasmo y todo, quizá te parezca magnífico, pero procura no

enamorarte. Una mujer enamorada es una nulidad.

—¡Mamá!

—Cuando se quiere pescar a un hombre, lo mejor es mantenerse al margen de los

sentimientos. Eso llega después. Antes hay que enamorar. ¿Me entiendes?

—Lo sé de memoria —rió Carolina, sin gran convicción.

—Esta tarde iré a visitar a Isabel. —Puso cara compungida y añadió—: La pobre

está muy enferma. ¡Y antes de morir quiere dejar casado a su sobrino!

—¿Y crees tú que Isabel de Mansfield intercederá por mí cerca de Mark?

—Estoy segura de ello. A Isabel le agradas y somos, además, muy amigas.

—Eso me satisface.

—Si ves a Mark en el club, procura que te acompañe hasta aquí. Lo invitaré al

aperitivo y lo tomaremos los tres en la terraza.

—Es que Martine tendrá la misma intención. Y las otras...

—Pero cada una procura ser ella la vencedora. Has de ser tú, por ser la más bella.

Carolina no estaba muy segura de su triunfo. Una sonrisa sarcástica de Mark era suficiente para desarmarla. Y contra lo que la madre aconsejaba, ella estaba prendada del hombre, aunque reconocía que si fuera Mark un marinero de su yate no se hubiera enamorado de él jamás. Pero por algo era una niña de gustos refinados. ¡Ironías de la vida!

—Me voy, mamá —dijo, tomando de manos de una doncella el bolso y los guantes—. ¿Tengo el auto preparado, Mary?

—Sí, *milady*.

—Iré en seguida.

Se fue la doncella y la joven *milady* miró a su madre.

—Daría algo —susurró, soñadora, mirando la silueta del yate blanco— por verme

en el puente y navegar en compañía de Mark Mansfield por todos los mares del mundo.

—Lo conseguirás, querida.

—Yo lo dudo.

—Cuidado que eres pesimista. Anda, márchate ya. Recuerda que os espero para

tomar el aperitivo en la terraza.

—Todas las mamás de Troon —dijo la joven, divertida— han despedido hoy a sus hijas con esa recomendación. ¿Quién crees que será complacida?

—Sin duda alguna *Lady Arnold*.

Carolina se fue, al fin, tras enviarle un beso con la punta de los dedos.

—Deséame suerte, mamá —pidió antes de desaparecer.

*Lady Arnold* le sonrió animada y fue hacia el ventanal, donde apoyó la frente. Su hija, gentil y hermosa, subía al auto blanco, y sentada ante el volante, el lujoso vehículo se perdió en el parque y luego en la calle.

*Lady Arnold* se retiró suspirando.

## II

Troon es un pueblo casi diminuto situado en Escocia, si bien, pese a su menudencia, allí se reúne la crema de los escoceses y algún inglés como *lady* Hamton, cuya regia residencia, enclavada en lo alto de una colina, parece dominar el pueblo. Por una carretera empinadísima rodaba aquella hermosa mañana de junio el descapotable de Mark Mansfield, el millonario que se detenía muy poco en todas partes, pero que no dejaba de hacer una visita mensual a su aristocrática tía.

Mark era, como ya dijimos a través de sus jóvenes enamoradas, un mozo de unos veintiocho años, alto, flaco y moreno, con los cabellos rubios, casi rapados, los ojos azules muy claros, la nariz recta y aguileña y la boca sensual siempre plegada en una sonrisa sarcástica, como si se burlara del mundo y de todos los seres de la tierra.

Vestía aquella mañana un pantalón de franela gris, jersey de algodón blanco arremangado hasta el codo, subido y sin cuello, una visera blanca también, tapando la cabeza, donde los cabellos nacían hirsutos, casi insultantes, y calzando zapatos negros de piel, muy brillantes. Lucía en la muñeca un cronómetro de oro y en el dedo medio de la mano izquierda un gran solitario. Eso era todo. Su llegada a Troon coincidía con el cumpleaños de su anciana tía y estaba dispuesto a permanecer en Troon una larga temporada si las candidatas a sus... millones no lo fastidiaban demasiado.

El auto llegó a la recta, torció hacia la izquierda y buscó la carretera particular que conducía al castillo de *lady* Hamton. Joe, el jardinero, al ver el descapotable rojo, abrió el portalón y el vehículo pasó, no sin antes exclamar su ocupante:

—¡Hola, Joe! Esta tarde te desafío a una partida de póquer.

—¡Hola, señorito Mark! Acepto el desafío —gritó Joe, moviendo sus venerables

patillas.

El descapotable atravesó el hermoso parque y fue a detenerse ante el garaje. Nuestro amigo salvó la distancia que los separaba de la terraza en unas cuantas zancadas; en el vestíbulo se detuvo.

—¡Hola, Tom!

El mayordomo, con aspecto de criado de casa rica, se inclinó ceremonioso, pero

su sonrisa, al clavarse en Mark, era casi infantil. El joven le palmeó la espalda y le dijo, cariñoso:

—Sigues engordando, Tom. Hay que ponerse a dieta.

—Es difícil, señorito Mark. Tengo un apetito devorador.

—Eso es salud —rio Mark, siguiendo su camino.

En una puerta vio la cara redonda de la cocinera.

—Buenos días, Nelly. ¿Hay estofado hoy?

—Sí, señorito Mark, y bien venido.

—Gracias, Nelly. En secreto te diré que estaba deseando pisar tierra firme.

—El señorito viene más moreno.

—Es el mar, mi querida Nelly.

Subió de dos en dos las escalinatas alfombradas. Miraba al frente porque sabía de

memoria el decorado del vestíbulo, el color de las alfombras que pisaba, la firma de los cuadros de gran valor que colgaban de las paredes y los búcaros de flores que adornaban el vestíbulo superior. Sabía, asimismo, la cantidad de flores que Vanja, la señorita de compañía de su tía, ponía en cada búcaro y hasta la cantidad de agua que las mantenía lozanas durante dos días.

—Buenos días, señorito Mark.

—Hola, Sol —sonrió, cariñoso, mirando a la doncella de su tía—. ¿Dónde se encuentra *milady* en este instante?

—En el gabinete, con su señorita de compañía. La señorita Vanja le lee la Prensa.

—¿Y sabe que he llegado?

—Ha visto el yate apenas levantarse. Está muy contenta, señorito Mark.

—Hasta luego, Sol.

Siguió ascendiendo. Atravesó el largo pasillo exquisitamente decorado y cruzó la

galería llena de plantas exóticas.

Oyó la voz armoniosa de la señorita Vanja. Era una voz siempre igual. Él, que la conocía desde un año antes, exactamente desde que *lady* Hamton la tomó a su servicio, jamás le oyó levantar el arpegio cálido de su voz bien modulada. Le gustaba aquella voz, sería grato escucharla en la oscuridad cerca de su oído. Se echó a reír y entró sin llamar.

Miró a un lado y a otro. Hundida en la otomana, se hallaba *lady* Hamton, con sus cabellos blancos, sus ojos azules cansados y su frente llena de arruguitas venerables. Vestida con su bata de gruesa lana, y ocultos los pequeños pies en zapatillas de piel forradas de pelusa. Lo sabía todo muy bien. No recordaba ver a su tía en otra parte y le agradaba llegar al castillo de Hamton y encontrarla allí con su sonrisa bienhechora, su perfil aristocrático y sus manos pequeñas llenas de sortijas.

A su lado, sentada en el borde de una butaca, estaba Vanja. Una linda muchacha de dieciocho años, inglesa de nacimiento, que se educó en un colegio aristocrático y debido a la muerte prematura de su padre, se vio obligada a trabajar para vivir. Todo esto recordaba habérselo oído decir a su tía cuando por primera vez le oyó hablar de su señorita de compañía. De ello hacía un año. Y desde entonces, todos los meses la veía allí, callada, dócil, sumisa, con la frente levantada diciendo que no era tanta su sumisión como para no atreverse a mirar de frente a los que en otros tiempos fueron sus iguales.

—¡Hijo! —exclamó *lady* Hamton, al ver la figura masculina en el umbral.

Mark avanzó presuroso y se arrodilló ante la dama. Puso la rubia cabeza en su regazo y confesó con voz de falsete:

—El sobrino pródigo, a tus pies, distinguida *milady*.

—Ven que te bese, hijo. Claro que eres el hijo pródigo, el hijo malo que me tienes abandonada. Ven que te bese —repitió, enternecida.

Y lo besó en ambas mejillas una y otra vez como si no se saciara nunca. Y Mark se dejaba besar con cara de niño dócil, causando una risa interior en la señorita de compañía.

Cuando la dama depuso su entusiasmo, pudo Mark levantarse y entonces se inclinó cortés ante la joven.

—Señorita Vanja...

—Hola, señor.

Iba a retirarse, pero la dama le dijo:

—Te necesitare dentro de unos instantes, Vanja. Espera en la salita y prepárame

ropa. Hoy voy a comer con mi sobrino.

—En seguida, *milady*.

Se alejó. Los ojos del experto la siguieron. Una linda muchacha, más linda con aquellos colores morenos que seguramente se debían al sol.

—Un mes que me pareció un siglo, querido mío —exclamó la noble, llamando la atención del muchacho.

—Te traigo un presente, tía Isa.

—¿De veras?

—Hoy es tu cumpleaños y por eso estoy aquí.

—¡Lo has recordado!

—¿Cuándo no lo recuerdo?

—Es cierto, pero yo cada día que transcurre tengo menos atractivo para ti y tú

necesitas viajar. Es tu pasión.

—Mi pasión compartida con tu cariño.

—Gracias, Mark, querido. Hoy, en tu honor, bajaré al comedor.

—No te fatigues, tía Isa. No te conviene. Si acaso, como yo en tu habitación.

—Prefiero celebrarlo en el comedor de gala. Daré órdenes a Nelly en seguida.

Trató de ponerse en pie y Mark se apresuró a ayudarlo.

—Estas piernas mías, querido mío —se lamentó, apoyándose en el brazo

masculino—. Y este corazón... El día menos pensado te doy un serio disgusto.

—No digas eso.

Atravesaron la lujosa estancia cogidos del brazo. Al llegar al saloncito contiguo, la dama se detuvo y contempló serio el rostro moreno.

—Mark, tengo que hablar contigo de algo muy serio.

—Estoy en disposición de oírte cuando quieras.

Vanja Bergerac curioseaba unos papeles en la esquina del salón. A través del cristal de una ventana veía las dos figuras. La de *lady* Hamton, encorvada y arrogante. El contraste. ¡La juventud y la vejez!

—Has de casarte, Mark.

Observó cómo Mark se estiraba más y sus ojos, de mirada sarcástica, sonreían humorísticos.

—¿De veras? ¿Me tienes preparada tu candidatura? —rio, con desenfado.

Vanja se dijo que le molestaba escuchar la conversación íntima, pero estaba habituada a ello, Por otra parte, todos los días *lady* Hamton le hablaba de ello: del sobrino descarriado, de los herederos que a aquel paso nunca iba a tener, de Carolina Arnold, que era bonita, distinguida y seria, una gran *lady* Hamton.

—Te la tengo preparada y tú lo sabes, Mark. Esta vida no puede continuar. Tus viajes, tus sarcasmos. Hay que detenerse alguna vez, Mark, y mirar la vida con cara franca.

—¿Acaso no lo hago?

—No. Huyes como si escaparas de algo, tal vez de ti mismo.

Ahora los ojos sarcásticos se cruzaron con una mirada gris, clarísima y extraña.

Mark sintió algo parecido al malestar.

—Hablemos de ello en otra ocasión —dijo, fuerte, sin dejar de mirar los ojos que no se bajaban, sino que, por el contrario, se mantenían alzados, clavados extrañamente en los suyos.

—Hemos de hablar hoy, ahora, porque ignoro si mañana te habrás ido otra vez.

—Me quedará todo el mes de junio. Para julio estaré en Montecarlo.

—¿Lo ves? Si puedes llevar a tu esposa contigo, si yo no te hablo con egoísmo.

—¿Usted qué dice, señorita Bergerac? —preguntó, de súbito.

Observó que los ojos no lo veían porque seguían clavados en algo. Únicamente la

sintió revivir en los hombros, que se agitaron. *Lady* Hamton, al advertir su presencia, buscó amable su concurso:

—Contéstale, Vanja.

—Pues no sé de qué estaban ustedes hablando —dijo, volviéndose.

Y Mark supo que decía verdad. ¿En qué pensaba, pues? Era rara aquella linda

muchacha, de gran personalidad, que no se intimidaba fácilmente.

—Hablábamos de un posible matrimonio entre Carolina Arnold y mi sobrino.

—¡Ah!

—¿No le parece que Mark debiera casarse?

Él la miraba con fijeza, pero ella no enrojeció. Sonrió amable, y en sus mejillas se

formaron dos hoyuelos encantadores.

—No sé qué decirle, *milady*. En realidad, vivo muy al margen de eso.

—Te hablo todos los días de esa boda.

—Por supuesto. Pero no conozco a *lady* Arnold.

—Yo le diré cómo es —dijo Mark, impetuoso.

Y la joven se asustó al verlo venir hacia ella con los ojos más sarcásticos que

nunca.

—¡Mark!

—Permíteme, tía Isa, que retrate en dos palabras a *lady* Arnold.

—No es correcto, querido, puesto que conozco la manía que tienes a los Arnold.

—Pues tanto más a mi favor. No querrás que me case con una mujer a la que detesto.

—Es una manía tonta. Luego, eso se trocará en amor.

Vanja, con su modelo de hilo blanco, menuda, frágil y esbelta, se mantenía inmóvil junto al ventanal, mirando a uno y a otro. Al otro extremo del salón, *lady* Hamton, apoyada en su bastón de ébano, miraba severa a su sobrino, quien en medio de las dos, separado considerablemente de ambas, trataba de mirar a una y a otra a la vez. Era algo cómica su postura. Al mirar a *lady* Hamton, suplicaba; al mirar a la joven, reía burlón.

—Alta, delgada, imponente —reía Mark, con cara de niño travieso—. Tiene el empaque de un cuadro del salón, la mirada del siglo pasado, lánguida, bobalicona para engañar incautos. Las manos con uñas larguísimas como garras dispuestas a apresar al primer millonario que pase, y ese tipo soy yo. Mide cada frase, la aquilata, la sojuzga dentro de su garganta y después la lanza. Todo preconcebido, estudiado, con pose... No, mi querida Isabel de Mansfield, cuando me case, lo haré con una mujer de carne y hueso que vibre y sonría, que grite si hay que gritar y se enfade si hay que enfadarse.

—¡Mark!

—Dime, distinguida *milady*.

—¿Has terminado con tu perorata estúpida?

—No he terminado, pero en honor a tu cansancio y al de tu distinguida señorita

de compañía, doy por terminado el debate.

Burlón, avanzó de nuevo hacia la dama, no antes de inclinarse reverenciosamente sarcástico ante la joven impasible que no había reído ni lanzó un comentario.

—Te acompaño a tu alcoba, mi querida Isabel.

—Más respeto, Mark. Siempre serás un descarado. No vayas a creerte que tienes simpatía en nuestra sociedad. Tu sarcasmo a veces resulta demasiado insultante.

—Ahí está la hipocresía de los humanos —comentó, tomando la mano de la dama y colocándola tiernamente bajo el brazo. Apretó los dedos delicados llenos de sortijas y añadió, cariñoso—: Suponte lo que sería de mí si no tuviera millones. Si hoy les parezco detestable, imagínate al pobretón Mark solicitando a la estirada *lady* Arnold en matrimonio.

—Pero como no te ves en ese caso, tendrás que acatar las circunstancias.

Mark rio de buena gana y Vanja volvió a colocar los libros en el pequeño departamento, no sin antes pensar que Carolina Arnold nunca sería la esposa de Mark Mansfield. Se alegraba. Después de todo, aquel guapo mozo y descarado, que desnudaba al mirar, merecía una mujer de carne y hueso como él dijo, no un maniquí de cuadro caro.

Los vio alejarse del brazo y sonrió un poco burlona.



\* \* \*

*Lady Hamton* echaba su siesta acostumbrada. La comida tuvo lugar en el comedor de gala y ambos personajes, los únicos comensales, siguieron discutiendo hasta el punto de que Mark tuvo que enfadarse y *Lady Hamton* lo dejó por inútil.

Ahora Mark fumaba un segundo cigarrillo sentado tranquilamente en la balaustrada de la terraza. Era grato estar en la casa grande, con perfiles de castillo legendario de tía Isabel. Era grato dejar los camarotes personales por unos días, y grato contemplar el parque lleno de flores, las terrazas familiares, los rostros siempre conocidos y afectuosos y la estampa de aquella joven llamada Vanja que tenía los ojos más claros y luminosos del mundo.

Fumaba a grandes bocanadas, mientras contemplaba la figura esbelta, enfundada en el modelo blanco de hilo, que recogía flores en el jardín. La midió de pies a cabeza, mientras balanceaba sus piernas con despreocupación. Vestía ya su pantalón de franela y su jersey blanco arremangado hasta el codo. Para comer en casa de tía Isabel había que vestirse como si fuera uno a asistir a una cena en un salón aristocrático. Y Mark era despreocupado en extremo. Por eso, una vez cumplida su obligación, volvió a sus ropas cómodas. Y allí estaba, con los ojos azules y burlones, clavados en la figurilla frágil de la señorita de compañía.

Era linda, caramba... Muy linda aquella jovencita con cuerpo casi de niña y ojos de mujer. Eran hermosos los ojos soñadores que parecían gotitas de agua cristalina en la cara bronceada y lozana. Y esbelto el talle de avispa que ahora aprisionaba un cinturón de cuero negro, y bonitas las piernas que sostenían las caderas redondeadas. Y suave el pelo leonado, cortado a la moda como si fuera un muchachuelo travieso. Y mórbidos los brazos que acariciaban en aquel instante los rayos del sol. Y delgadas y menudas las manos que cogían flores.

La vio regresar con flores apretadas en los brazos. Los senos se alzaban túrgidos y bellos, y Mark se complació en imaginarla en una gran fiesta, vestida con traje de noche, luciendo perlas puras y auténticas en la garganta suave que se alzaba con arrogancia.

No se movió.

—Me gusta el olor de esta casa —dijo, cuando ella estuvo en el último peldaño de la escalinata de mármol—. Aun en mi yate recuerdo ese olor. ¿Son sus flores?

—Es agradable su aroma —dijo ella con sencillez.

—Sí que lo es.

Iba a seguir, pero Mark quitó el cigarro de la boca para pedirle:

—Quédese un poco junto a mí Después de mis viajes me agrada ver cosas

tangibles. Sentir voces humanas.

—Supongo que no navegará solo —comentó ella con la misma sencillez. Y al sonreír se le formaban dos hoyuelos encantadores en las mejillas bronceadas.

—Por supuesto que no. El capitán es un ser enigmático. Ni siquiera cuando va a venir la tormenta se molesta en decirlo. El piloto se pasa las horas contemplando la fotografía de su novia irlandesa. El contraataca tiene bastante con pelear con sus marineros y estos... están bebiendo continuamente, mientras hablan de sus respectivas novias que tienen en distintos puntos del globo. Soy como un ser aislado en mi propio yate, señorita Bergerac.

Vanja se apoyó en la columna. Se hallaba a distancia de él, pues Mark continuaba sentado en la balastrada, balanceando sus piernas y chupando fuertemente el pitillo. La joven apretaba las flores contra su pecho y Mark pensó:

«Si fuera pintor la pintaba así. Con las flores apretadas contra el seno, los ojos soñadores clavados en un punto lejano, el perfil puro y nimbado por una aureola de ternura incontenible que se desprende de la boca húmeda y roja, cuyo aliento se confunde con el aroma de las rosas Pero no soy pintor para desgracia mía».

—Entonces tendrá que seguir el consejo de *milady* —adujo ella, mirándolo con simpatía—. Una mujer a su lado en el yate le servirá de mucho.

—¿Una mujer?

—¿Por qué no?

—Eso digo yo, ¿por qué no? Pero no la encuentro —rió, sin dejar de ser irónico

—. Tenga usted en cuenta que la busco desde que quedé huérfano y de ello hace más de ocho años. Yo tenía veinte y era un muchacho encantador.

Sonrió discreta y los hoyuelos se acentuaron.

—Si me caso con Carolina Arnold —siguió él, humorístico—, tendré que elegir entre mi pasión por el mar o su amor. Y la verdad es que prefiero mi mar.

—Otra. En Troon hay chicas muy lindas.

—¿Baja usted mucho al pueblo?

—Solo cuando me lo ordena *milady*.

—Irá usted a comprar cintas; botones, hilos o zapatos, ¿no es cierto?

—Algo así. Solo cuando tengo que ir obligada por las circunstancias.

—Pero conoce usted a las señoritas de Troon.

—No a todas. A las que frecuentan los jueves las veladas *demilady*.

—¡Los jueves! —rió él, flemático—. Dígame usted lo que opina de esos jueves.

Huía la mirada gris, lo que equivalía a decir que tenía un punto de afinidad.

—Yo los detesto —sonrió Mark, burlón—. Pastelitos, licores y después, entre

bocado y sorbo, una crítica acerba, un comentario que más tarde se convierte en calumnia, una risita que significa el descrédito para una jovencita honrada. Lo dicho, detestables, señorita Bergerac. ¿Opina o no como yo?

Vanja se limitó a sonreír, y ¡cuánto favorecía su cara aquella sonrisa un poco irónica! Pero nada dijo. ¿Qué podía decir? A ella le pagaban un sueldo espléndido por estar al lado de la dama. Y tenía el deber de oír, ver y callar. Allí era sencillamente un mueble de lujo, a veces de utilidad, pero nada más. La persona humana, el ser, había quedado en el piso bonito de Londres, o quizá se fue cuando papá murió y le dejó por

fortuna una gran educación, unos modales aristocráticos que la hacían más exquisita y el sol arriba y la tierra abajo. Eso era lo que ella tenía.

Reconociendo el significado de su mutismo, Mark añadió, mordaz:

No importa que se calle, me gusta mucho el acaramelado tono de su voz, pero la disculpo ahora. No obstante, hay silencios elocuentes, y este es uno de ellos. ¿Sabe usted, señorita Bergerac, que al estar a su lado y verla silenciosa, me da la impresión de sentir sus frases como si realmente las estuviera pronunciando? Es algo curioso lo que me sucede. A veces pienso en ello y le aseguro a usted que no me gusta pensar demasiado.

—Quizá se deba a que adora usted a su tía y me asocia a su silueta.

—Sí, desde hace un año la imagino siempre de la misma manera. Muy callada, hundida en la butaca con el libro entre las manos y su voz desgranando historias románticas, que oye *lady Hamton* con sonrisa de niña ingenua.

Ella volvió a sonreír.

—Pues —añadió Mark con indiferencia, mirando la punta de su cigarrillo—.

Detesto los jueves de mi tía, las sonrisitas cándidas de Martine Morgan, que se dejaría cortar los dedos de la mano por casarse con un tipo idiota como yo —rio de buena gana—. Detesto la postura siempre correcta de Ann Williams y las frases convencionales de Lil Sanz.

—Le queda a usted una, señor —murmuró Vanja con picardía.

—¡Ah, se refiere usted a Fhyllis Haymes! Muy linda, pero vacía como su papá.

Recuerdo que una vez me invitó a su coto de caza... Fue todo muy divertido. A mí me gustaba Fhyllis —añadió, pensativamente—. Me gustaba mucho, señorita Bergerac. Pero dejó de gustarme casi simultáneamente. Calladita, sumisa, buena chica delante del hombre que deseaba cazar. Pero una noche yo, que me agrada contemplar las oscuridades, salí a la terraza y oí voces. ¡Qué voces más desagradables! Era la señorita Fhyllis, que reñía con su doncella. La ponía a bajar de un burro, como se suele decir, y no era muy delicada para humillarla. Desde entonces dejó de gustarme. Imaginé aquella voz en la oscuridad junto a mí... ¡Detestable!

Vanja rio de buena gana. No la asombraban las confidencias. Estaba acostumbrada a que Mark de Mansfield la eligiera en cada uno de sus retornos para hacer de auditorio. Era grato saber que alguien la trataba como persona y la elegía además para escuchar sus confidencias. Recordaba oírle contar, en las siestas de su tía, cuando en realidad podía departir a sus anchas, sus correrías por la India. Una pasión que luego se trocó en burla por parte del hombre desencantado. Y es que Mark de Mansfield era exigente. Buscaba el manantial de las cosas. No se conformaba con lo superficial, ahondaba con avaricia en las profundidades espirituales y las desvirtuaba después, cuando no le agradaban. Por eso sería difícil para él buscar mujer. Aquella tendría que estar llena de virtudes y Vanja sabía que no todas las mujeres son virtuosas.

—Me sucede algo raro —dijo él de súbito, con semblante pensativo—: a su lado

no me burlo nunca. Me agrada ver su cara interesada en mis relatos —rio, esparciendo su serenidad, y añadió amable—: Me gusta la oscuridad, y cuando me case, si encuentro al fin la mujer que busco, cosa que dudo, le pediré que me hable muy cerca de mí. Hablar y hablar sin luz, sin visiones molestas. Y sabré por la voz si la voy a querer toda la vida.

—Cuando se enamore será para siempre, señor de Mansfield.

Él la miró brevemente y sus ojos irónicos sonrieron cariñosos.

—Quizá sí o quizá no. Todo depende de cómo sea ella. También he pensado en la

desilusión de la mujer a mi lado. Y eso cabe en lo posible.

Ella se limitó a olfatear las flores, que apretaba más y más contra su seno túrgido.

—¿Usted qué dice, señorita Bergerac?

—Pues no sé qué responderle.

—¿Es difícil?

Encogió los hombros.

—Quizá sí tratándose de un hombre como usted.

Mark lanzó una breve mirada sobre el rostro juvenil. Luego, encendió un

cigarrillo y arqueó una ceja.

—¿Y cómo soy yo, señorita Bergerac?

—En extremo exigente para elegir mujer. No todos los hombres pueden exigir

perfecciones espirituales y materiales juntas. ¿Acaso el ser humano está libre de defectos?

—Hay defectos que compensan las virtudes. Pero yo no pude hallar aún esa mujer a quien quiero perdonar dichos defectos que compensarían tanta virtud.

—Lo uno y lo otro, bien complementado, tal vez dé un resultado satisfactorio.

—Lo tendré en cuenta cuando elija esposa.

—¿Me permite ahora que ponga en los búcaros del salón estas flores?

Él la miró amable.

—Se lo permito, señorita Bergerac. Y le ruego que me disculpe.

—¿Por qué? Me es grato escucharle.

—Gracias. No todas las mujeres dicen eso.

—Me agradan las conversaciones...

—¿Pueriles?

—La mía siempre lo es.

—Claro que no lo es —protestó ella, enfadada.

Y a Mark le gustó el enfado, que ponía una nota austera en el rostro

deliciosamente joven.

—De todos modos, gracias, señorita Bergerac. Es usted muy amable al escucharme.

—Quiero que sepa, señor, que, como *milady*, miro todas las mañanas hacia la bahía. Y, como ella, espero anhelante ver la silueta de su yate blanco. Tenga usted en cuenta que aparte de las horas que dedico a leer *amilady*, soy como un ser aislado en

medio de un mundo desconocido y hostil. Y repito que me es grato que alguien me hable con frases humanas, que me busque para contarme cosas que me satisfacen.

—He de admirarla por su sinceridad.

—Nunca podría fingir lo que no siento —dijo, seria.

Y Mark supo que decía verdad.

—Usted ha sido educada en un gran colegio según mis referencias —arguyó, sin

dejar de balancear sus largas piernas—. Dígame, señorita Bergerac: puesto que fue educada en un ambiente elevado, tengo entendido que su padre fue diplomático, ¿qué haría si apareciera ahora en su vida un millonario y pretendiera hacerla su mujer? Supondría para usted la liberación, el cesar de verse siempre humillada y sometida a una voluntad más poderosa que la suya.

—Más poderosa, no —sonrió ella suavemente—. Más rica, sí, quizá.

—¿Rica en qué?

—En dinero.

—Ya. Luego usted cree que tiene una gran voluntad.

—Lo afirmo rotundamente —repuso, con encantadora sencillez—. Una gran

voluntad de adaptación, pero cuesta, ¿comprende, señor? Cuesta adaptarse.

—Lo comprendo perfectamente. Pero nos desviamos de la cuestión. ¿Qué haría si ahora alguien le ofreciera la llave de la fortuna, del poder?

—¿Por medio de don dinero? —preguntó, humorista.

—Sí. Por medio de don dinero.

—Tal ve me quedara donde estoy. Es grato saberse dueña de una misma e ingrato

vender virtudes por un puñado de libras o dólares.

—Lo que indica que cree usted en el amor.

—No me he enamorado nunca ni traté a los hombres —confesó

encantadoramente—. Pero sí, creo en el amor y lo espero. Quizá es una espera pueril, sin razón, pero soy humana y me gustaría querer mucho. Estoy harta de dar, dar siempre sin recibir nada.

—Me gusta su sinceridad, señorita Bergerac. Y me agrada saber asimismo que es usted digna de mis confidencias.

—Gracias, señor. ¿Puedo marchar ahora?

Él se echó a reír complacido.

—Soy exigente. Y es que no todas las mujeres sirven para escuchar a todos los

hombres. Si le fuera a Carolina o a cualquiera de sus amigas con estas cosas, se mofarían de mí, me llamarían idiota. Para ellas hay dos cosas en este mundo, unas cosas u objetivos como preferamos nosotros dos: el nacer y el casarse con un hombre rico que las lleve de aquí para allá y las vista elegantemente en París y las luzca en los salones. Muñecas detestables, amiga mía. ¡Hala! Ahora puede marcharse ya, porque observo que Nelly se aproxima a buscarla, quizá por orden de mi tía.

—Hasta luego, señor Mansfield.

—Hasta luego, señorita Bergerac.



### III

— Pero, Mark, cariño...

—Hola, Martine.

—Ya he visto tu yate.

—Es mono, ¿eh, Martine?

—Precioso.

—Antes de salir de Troon pienso dar una fiesta —dijo, humorístico—. Serás la

reina.

La chica se puso roja de satisfacción y Mark agitó la mano y se alejó en dirección a Carolina.

—¡Mark! —susurró la hija de *lady* Arnold con los ojos lánguidos—. ¡Qué deseos de verte, cariño!

Él arqueó una ceja y su mirada sarcástica midió a la joven.

—Impecable —comentó con aquella su media sonrisa que ponía de punta los nervios de Carolina.

—¿Verdad que sí?

—Te lo digo yo, que entiendo un rato largo de todo eso.

Carolina se colgó de su brazo y atravesaron juntos el salón del club.

Eran las siete de una tarde espléndida y los salones del Náutico estaban muy

concurridos. Todos se conocían y Mark hubo de ir de un grupo a otro repartiendo sonrisas y diciendo banalidades. ¡La vida era una estupidez a juicio del hombre que marchó de Troon un mes antes y lo recibían como si viniera del Polo Norte de haber soportado una horrible ventisca bajo la cual quedó aislado!

—Tienes un yate precioso —dijo la joven sin soltar el brazo, que apretaba turbadoramente.

Mark ladeó un poco su cabeza casi rapada. Vestía ahora un traje oscuro irreprochable y camisa muy blanca. Si interesante era vestido con ropas deportivas, interesante ahora enfundado en el traje serio. Alto, delgado y esbelto, hacía una gran pareja con *lady* Arnold. Y Mark, con cara humorística, contempló el aspecto del salón. Todas caras conocidas. Martine, encantadora dentro de su *toilette* de tarde. Anna, esbeltísima sobre sus altos tacones, quizá demasiado altos para su estatura más bien baja. Fhyllis, gentil dentro de su modelo demasiado recargado para una simple velada. Y Lil, encantadora con una sonrisa de niña ingenua, disimulando su careta, bajo la cual ocultaba una malicia casi perniciosa. Y a su lado, Carolina.

—¿Verdad que es mono mi yate? —rió, divertido.

—Encantador.

—Daré una fiesta antes de marchar y... tú serás la reina.

—¡Oh, cariño!

—Pero ahora permíteme que salude a Lil.

Con suavidad, le quitó la mano de su brazo y con una de las mejores sonrisas se

encaminó hacia la aludida, que hablaba con un joven apuesto y, al verlo a él, lo dejó plantado. ¡Lo que son las cosas!

—Hola, monada.

—Mark, encanto.

Las manos en las manos, los ojos en los ojos. Si Vanja lo viera en aquel momento,

le llamaría hipócrita, y con razón.

—Tu yate me chifla, cariño.

Se inclinó hacia ella turbadoramente.

—¿Y yo no te chiflo, vida mía?

—¡Oh, tú...!

—¿Verdad que soy encantador?

Lil se colgó de su brazo. ¿Sería ella la elegida?

—Lo eres —susurró, apretando el brazo masculino.

—Voy a dar una fiesta en mi yate y serás la reina.

Y con la misma volubilidad quitó la manita menuda de su brazo y añadió bajísimo

con mirada turbadora:

—He de saludar a Ann, mi querida Lil.

—¿Volverás?

—¿Acaso puedo dejarte sola?

Se alejó sonriendo y Lil se mordió los labios.

—Ann —susurró el zanquilargo con sonrisa cautivadora, que aceleró los latidos

del corazón de la joven.

—¡Oh, Mark!...

—¡Tanto tiempo sin verte!

—¿Lo deseabas?

Le tomó las manos entre las suyas y se las apretó con apretón cálido y

significativo.

—Como nada en la vida, cariño mío.

«Mentira, mentira», se dijo Ann. En voz alta, manifestó:

—Cuando he visto el yate esta mañana, me dije: «Este trotamundos ya no se va

más de Troon».

—Eso no puede ser, Ann. Ten en cuenta que por mi nacimiento yo soy americano y, por otra parte, mis negocios ni están en Troon ni en Inglaterra. Pero tengo aviones y yates y las distancias no existen para mí.

—¡Cuánto me gustaría ir en tu yate!

—Pues no te preocupes, te llevaré cuando quieras.

Los ojos de Ann brillaron de un modo extraño.

—¿De veras?



—Claro. Supongo que no tendrás tantos prejuicios para dejar tu gusto satisfecho.  
—Mark, ¿sabes bien lo que dices?  
El puso cara de inocente.  
—Pues sí, lo sé perfectamente.  
—¿Y crees que yo...?  
—¿Por qué no? —murmuró, inclinándose mucho hacia ella—. Cabe en lo posible

que al final de nuestra ruta hayas logrado tu mayor anhelo.

Ann se creció. Mark siempre se ensañaba con ella más que con nadie, precisamente porque sabía que era la más egoísta de todas.

—¿Y cuál es ese anhelo que yo ignoro? —preguntó, retadora.  
—Casarte con un millonario —respondió.  
Y se echó a reír de buena gana sin apartar los ojos del rostro alterado.  
—Mark, merecerías que te diera una bofetada.  
—¿Y por qué no lo haces, mi dulce y angelical Ann? Sería divertido ver la cara

que ponían tus amigas. Anda, cariño, dame esa bofetada. Yo, en recompensa, te ofrezco ser la reina de mi fiesta.

—¿Qué fiesta? —preguntó.  
—La que pienso ofrecer en mi yate antes de marchar de Troon.  
Y, agitando la mano, se alejó en dirección a Fhyllis, que en un ángulo del salón

parecía esperarlo. Se inclinó ante ella, le apretó las manos y dijo con aquel su acento turbador que las desarmaba:

—Bellísima Fhyllis, tus encantos han aumentado si esto es posible.  
—Siempre tan adulador.  
—Sincero, cariño, rotundamente sincero.  
Y su mirada era más sarcástica que nunca. Fhyllis tuvo deseos de arrancar

aquellos ojos, de destrozarse la boca sensual con sus propias uñas, pero no lo hizo, claro. Su sonrisa era deliciosa y su mirada coquetueta, como si la sola presencia de Mark en el salón le causara un hondo placer.

Y así era ciertamente. Si bien, no obstante, no era el hombre en sí quien le interesaba. Eran los pozos de petróleo, el título tan codiciado de Isabel de Mansfield y la vida plácida que podían proporcionarle aquellos millones y aquel título.

—Gracias por tus frases amables, Mark.  
—Te he recordado mucho en este viaje, Fhyllis.  
Pero sus ojos, cínicos ahora, desmentían sus palabras, y Fhyllis tuvo ganas de

gritar.

Pero no lo hizo, claro. ¡Estaba tan bien educada!  
—Debo confesar —dijo bajito— que todas las mañanas cuando me levanto, mi primera faena es aproximarme al ventanal.

—¿Y qué ves?  
—Tu yate cuando llega...  
—¡Ah, mi yate! Me gustaría que estuvieras a mi lado en el puente, Fhyllis. Sería

delicioso tenerte allí de continuo, querida mía. Verte, tocarte...

Sonreía y su sonrisa era un insulto. Fhyllis aspiró hondo y sus dos manos se enlazaron. Las apretó con fuerza.

—¿De veras?

—De veras, Fhyllis. Pienso dar una fiesta antes de marchar de Troon y tú serás la reina de esa fiesta.

Se alejó sonriendo y Fhyllis sintió que ya no le guardaba tanto rencor. Después de todo, si la hacía reina de una fiesta en su yate era muy significativo. ¡Cuánto daría porque Mark la amara tanto y de tal manera que no le fuera difícil saltar por encima de todo para casarse con ella! Y entonces..., ¡cuántos reproches tendría que oír de Isabel de Mansfield!

Lo vio alejarse en dirección al bar en compañía de unos amigos. Miró en todas direcciones. Bailaban. Pero Carolina estaba sola en un punto inexistente. Sería delicioso decirle que Mark la haría reina de su fiesta. Y se lo iba a decir.

Atravesó el salón a grandes pasos y sonrió a Carolina.

—¿No sabes, Carolina? —rio, feliz—. Mark me prometió hacerme reina de la fiesta. Piensa ofrecer una velada en su yate antes de marchar de Troon.

Carolina la miró asombrada. ¿De veras? ¿Acaso no era ella la elegida para aquella fiesta? Se lo había dicho...

—¡Ah! ¿Sí? —suspiró—. Precisamente es lo que acaba de prometerme a mí.

Fhyllis quedó seria de repente.

—¿A ti?

—Sí —encogió los hombros con indiferencia—. Y estaba pensando en ello

precisamente. Podemos observar que Mark sigue siendo el hombre cínico que se ríe de nosotras.

Apareció Ann tras ella con una sonrisa radiante.

—Chicas, estoy contentísima.

Carolina y Fhyllis esbozaron una sonrisa burlona.

—¿Y por qué? ¿Te ha pedido relaciones el baroncito?

—Algo mejor. Mark piensa dar una fiesta en su yate y yo seré la reina.

—¡Ah!

—¿Qué os pasa? ¿Por qué me miráis de ese modo?

Carolina se encogió de hombros. Fhyllis dijo con los labios plegados en una

mueca dura que afeaba su rostro de muñeca cara:

—Precisamente hablábamos en este instante de eso. También a nosotras, por separado, nos lo ha prometido.

Ann se creció.

—El muy...

Martine se acercó al grupo con su sonrisa más radiante.

—Voy a presentarme, jovencitas —dijo, feliz—. Aquí tenéis a la reina de la fiesta.

—¿Qué fiesta? —preguntó Fhyllis, burlona.

—La que ofrecerá Mark de Mansfield en su yate.  
—¡Oh, oh, oh!...  
—¿Por qué me miras así y por qué lanzas esos «¡Oh!» tan poco elegantes?  
—Pregúntaselo a Ann y a Carolina.  
Y estas encogieron los hombros. Ann dijo:  
—Al parecer, solo falta saber si también se lo prometió a Lil.  
—¿Qué es lo que no sabéis? —preguntó Lil, haciendo su aparición.  
—Supongo que Mark te diría que en la próxima fiesta que piensa ofrecer a sus

amistades..., serás tú la reina.

—En efecto. ¿Os desagrada mi triunfo?  
Cuatro carcajadas llamaron la atención de los bailarines.  
—Es un triunfo colectivo, querida —arguyó Fhyllis, que era, en verdad, la más

despechada—. Porque a todas nos ha prometido lo mismo.

En aquel instante la delgada figura de Mark aparecía en el salón. Traía un pitillo ladeado en la comisura de su boca como si fuera sencillamente el capitán de su yate, y una sonrisa cínica en los ojos tan azules. Atravesó el salón a paso largo, y al dirigirse a la puerta, miró a las cinco muchachas y dijo, riendo burlonamente:

—¡Hasta otro día, reinas!

\* \* \*

Había llegado el jueves. ¡Detestable jueves! El salón estaba como todos los jueves: deliciosamente dispuesto para recibir a la vieja aristocracia de Troon. Y por la empinada carretera subían elegantes automóviles de los asiduos invitados. El salón iba llenándose. Licores, pastelitos, música.

—Todos vienen a llenar la barriga —dijo Mark, tropezándose con Vanja en la puerta del salón.

La joven lanzó sobre él una mirada burlona y siguió adelante. Era la encargada de obsequiar a los invitados y nadie paraba mientes en ella. ¡La pobre señorita de compañía! «¿Te has fijado en ella? Pobre chica. Dicen que fue muy bien educada y que hasta los dieciséis años vivió espléndidamente. Pero como no tiene parientes ni dinero... Una chica incolora, ¿sabes?». «Ni fu, ni fa».

Vanja sonreía adivinando los comentarios. Serían los de siempre, porque aquellas gentes no aportaban nada nuevo en su vocabulario. A su juicio, eran seres demasiado vulgares, demasiado rutinarios.

Vestida de blanco, con la cintura apretada y sobre altos tacones, parecía más esbelta. En medio de las cinco muchachas —aquel día también subió Carolina a ofrecer sus respetos a la dama distinguida—, parecía Vanja infinitamente más joven. Mark, que se hallaba en el grupo, la miraba de soslayo. La veía ir de un lado a otro, con la bandeja de pastas, sonriendo gentil, muda, diligente y esbelta. ¡Bonita chica! Y pensó por primera vez —estaba harto de ver a la señorita Bergerac atender a los

invitados de su tía en todas las veladas del año transcurrido—, que Isabel de Mansfield hacía mal en ocupar a su señorita de compañía en aquellos menesteres. Pero se calló. Al fin y al cabo, ¿a él qué le importaba?

Pero seguía mirándola. Ahora se aproximaba a ellos con la bandeja en la mano. ¡Licores! Las cinco muchachas tomaron una copa cada una. Reían de banalidades. Mark apartó los ojos de aquellos ojos grises y un poco burlones que parecían decirle: «Te compadezco, amigo. Cinco para uno, aunque sea un genio como tú, es demasiado».

Se alejó de nuevo.

—Ha mejorado algo la señorita de compañía de tu tía, Mark —dijo Carolina, que tenía buen cuidado de no mostrarse ofendida por lo del ofrecimiento... colectivo—. ¿Cuántos crees que tiene?

—Nunca se lo he preguntado —repuso Mark, indiferente.

Miraba a su tía Isabel. Departía amigablemente con *lady* Arnold. ¿Tratarían de su matrimonio? Sonrió entre dientes. Vio a dos mamás aproximarse al grupo con objeto de adular a la dama. Era curioso. ¿Él solo tenía el atractivo del dinero? ¡Valiente triunfo!

—Tiene unos ojos hermosísimos —observó Lil, que era la mejor de todas.

—¿A quién te refieres? —preguntó Carolina.

—A la señorita Bergerac.

—Mujer, no digas bobadas. Es incolora por completo.

Mark, que fumaba distraído, la contempló sonriente.

—¿A qué llamas tú incolora?

—A la señorita Bergerac, Mark.

—¿Incolora? ¡Ah, incolora!

—No es preciso que te burles. Insisto en que es incolora. Pasará por este mundo

sin pena ni gloria.

—Lo que indica que solo la gloria es para los que tú no consideras incoloros.

—Exactamente.

—Mucha vanidad es esa, pero vamos a perdonártela en honor a tu belleza.

—Gracias. Pero no necesito que perdones una vanidad que no existe.

Un grupo de jóvenes se aproximaron.

—¿Por qué no bailamos, chicas?

—La idea me parece espléndida —apuntó Carolina, aproximándose sin disimulo

a Mark.

Y este hubo de enlazarla por el talle.

Vanja continuaba yendo de un lado a otro. En varias ocasiones chocó con la mirada azul. Y aquella mirada azul no era la de todos los días. Se sintió molesta. En una ocasión sintió que le decía al oído, disimuladamente:

—Detestables, señorita Bergerac.

Y ella sonrió con sonrisa de niña ingenua y los hoyuelos en su cara se acentuaron.

—Detestables, señor —dijo bajísimo.

Y se alejó en dirección opuesta.

—¿No crees, Isabel, que Mark necesita casarse?

—Claro, Alicia. Precisamente estoy peleando todos los días con él para que lo

haga.

Estaban solas en un rincón del salón. La juventud bailaba. Las mamás contemplaban ilusionadas los triunfos de sus hijas.

—¿Y qué dice él?

—Nada en concreto. Nunca podré convencerlo y no quisiera morir sin dejarlo casado y con herederos.

—Mira qué buena pareja hace con... mi hija.

Isabel sonrió.

—Me gusta tu hija, Alicia.

—¿Para tu sobrino?

—Exactamente. Pero no hay que forzarlo demasiado. Carolina se encargará de

convencerlo. Es muy hermosa.

En otro grupo, la mamá de Ann y la de Lil hablaban sobre lo mismo.

—Debe casarse en Troon. Daría auge a nuestro pueblo, a Escocia entera.

—Sí.

—¿Con quién crees tú que lo hará?

—Con Ann, sin duda alguna —rió la mamá, mirando a su hija, quien en aquel

instante coqueteaba descaradamente con el caballero desdeñoso.

La mamá de Lil enmudeció.

Más lejos decía la mamá de Martine al papá de Ann:

—No me explico por qué no ha de estar Fhyllis Haymes en los jueves de *lady*

Hamton.

—Manías.

—Pero es una injusticia. La pobre chica no tiene la culpa de que su abuelo fuera en su día limpiabotas.

—La aristocracia de Isabel de Mansfield no perdona tamaña humillación. Y lo sería si en sus salones apareciera la nieta del limpiabotas que seguramente lustró los zapatos de su estirado mayordomo.

—Lamentable, amigo mío. En Troon nadie duda en recibir a Fhyllis y a su padre. Después de todo, la mamá de Fhyllis fue una dama elegante. Hija tercera de un alto personaje de Estado.

—Pero eso no es bastante para *lady* Hamton.

Era ya de noche. Los invitados empezaban a desfilar. Carolina, sin soltar el brazo de Mark, esperaba que este la acompañara, pero Mark era un mal educado y un comodón. Prefería quedarse en el salón de su tía a acompañar a aquella empalagosa belleza del siglo pasado.

Gentilmente acompañó a su tía en las despedidas. Se inclinó ante las damas a

quienes besó respetuoso las manos ensortijadas. Apretó las manos de los caballeros y les sonrió burlón a las jovencitas casaderas.

Después volvió al salón.

Vanja apagaba las luces en aquel instante, dejando encendido solamente un candelabro.

—Acompáñame, Vanja —dijo la dama—. Voy a retirarme ya. Estos jueves acaban con mi salud.

Saltó Mark impulsivo:

—Suspéndelos.

La dama lo contempló, entre extrañada y enojada.

—¿Crees tú que eso se puede hacer cuando una quiere? El día que suprima mi

fiesta de los jueves, di que he muerto.

—Perdona, tía Isa.

## IV

Se hallaba recostado en el umbral. Tenía un pitillo en la boca y sus ojos seguían todos los movimientos de una doncella, quien con ayuda de Tom curioseaba el salón.

—¿Les ayudo? —preguntó una voz armoniosa.

Mark se volvió.

—¿Ya se ha dormido mi tía?

—*Milady* queda rezando el rosario. Dentro de media hora, Nelly le subirá la

comida. Le ruego, señor, que la disculpe esta noche.

—¿Indica ello que he de cenar solo?

—Eso parece.

—Pues entonces me iré al yate. No me agrada comer solo como un desheredado

de la fortuna.

Vanja encogió los hombros y entró en el salón.

—Puedes ir a tus faenas, Sol; yo ayudaré a Tom.

La querían todos en el castillo de Hamton. Lo supo Mark aquella noche mientras

la miraba ir y venir de un lado a otro del salón. Renovó las flores de los búcaros. Retiró el servicio, que luego llevaba Tom a la cocina. Quitó las alfombras y las dejó en poder de Sol, cambió algunos candelabros de sitio y luego puso en torno a la cintura un delantal que le trajo Sol y se dispuso a limpiar el polvo con la mayor sencillez del mundo. ¡Por cuánto haría Carolina o cualquiera de sus amigas aquellas faenas! Era sencilla y bonita, sabía ser una muchacha distinguida y una ama de casa perfecta. Sabía responder una pregunta difícil y sonreír con cautivadora gracia cuando era preciso.

Y él, recostado indolentemente en el umbral del salón, miraba y oía. Tom hablaba por los codos con Vanja. Le contaba chistes mientras iban de un lado a otro y Vanja reía con todas sus ganas... No había coquetería ni subterfugio alguno en su risa de niña buena y joven. En ella todo era sencillo y espontáneo.

Sol le contaba ahora una anécdota de Nelly y Vanja hubo de detenerse en su faena para reír. De súbito, se fijó en él. Evidentemente, creyó que se había retirado.

—Le vamos a manchar, señor —dijo con sencillez.

—Prefiero que me manchen a quedarme solo en mi despacho.

Y siguió fumando.

—Como desee —rio Vanja ocupándose nuevamente de su tarea.

—Señorita Bergerac, el próximo jueves sirva usted más pastas *a lady* Arnold —

dijo Tom con cómica sonrisa—. He observado que es una golosa.

—Pero, Tom, eso no está bien.

—La vi tan atareada que vine a ayudarle, por eso lo he visto.

Vanja le hizo una seña. El señor estaba en el umbral y podía oírlo. Y claro que lo oía Mark.

—Me gustan esos comentarios —dijo Mark avanzando—. Sigue, Tom. ¿Qué más observaste?

—Pues...

Ahora Vanja limpiaba con fuerza un candelabro. Lo colocó sobre una consola.

Por nada se le cae.

—Me agrada oírlos, Tom.

—Señor, yo...

—¿Qué más observaste?

—Lord Konen siente debilidad por los martini.

—Y por el coñac —rió Mark, divertido.

—Y la señorita Ann...

—Muy interesante, Tom. ¿Qué observaste en la señorita Ann?

—Considero de mal gusto esta conversación —intervino Vanja, mirando

severamente al mayordomo.

—Pero, señorita Bergerac, si a mí me gusta oír a Tom. Me gusta, se lo aseguro, y no lo censuro.

—De acuerdo, señor, pero no está bien...

—¿Qué has observado, Tom?

—Que se mete los dedos en la nariz.

—¡¡Tom!!

Ante aquel grito y la carcajada de Mark que siguió después, el pobre Tom se

encogió sobre sí mismo y salió disparado del salón. Mark hubo de hundirse en una butaca y sostener el vientre con ambas manos. Vanja, severísima, detenida ante él, esperaba que concluyera el acceso de hilaridad y cuando este cesó, dijo enojada, con la misma sencillez de siempre:

—Tom es un insolente, pero usted..., señor, no tiene disculpa.

Y se fue.

Mark se quedó con la boca abierta. Arqueó las cejas y luego se echó de nuevo a

reír. ¡Sería divertido ver a Ann con sus finos dedos en las narices! ¡Tom era un humorista!

Una hora después, Sol subió a la alcoba particular de Vanja y le dijo:

—He servido la comida a *milady* y me envía a decir que hoy no necesita nada más. Y vengo también de parte del señor para que baje usted a comer con él.

—¿Yo?

—Eso me ha dicho, señorita Vanja.

—Pues dile que no. *Milady* no lo permitiría.

Sol curvó los labios en una sonrisa picarona.

—*Milady* no tiene por qué saberlo.

Vanja se creció.



—Lo sé yo y basta, Sol. No estoy aquí para entretener al señor, solo estoy para atender a mitad. Dígaselo así al señor.

—El señor es muy terco, señorita Vanja.

—También yo lo soy.

Y despidió a Sol amablemente.

Diez minutos después llamaron de nuevo a la puerta. Se hallaba hundida en el

borde del lecho y se levantó para abrir. Su sorpresa fue grande cuando vio el rostro sarcástico de Mark en el umbral.

—Señor...

—Vengo a rogar humildemente que me acompañe a comer. No podía soportar la soledad, señorita Bergerac.

Ella sonrió cálidamente. Era deliciosa su sonrisa.

—Lo siento, señor. A *milady* no le agrada y yo no tengo tiempo ahora para vestirme correctamente.

—*Milady* duerme y comeremos en el comedor pequeño. En realidad, soy yo quien le acompaña a usted, señorita Bergerac.

—Pero...

—Se lo suplico.

Parecía un niño pidiendo una golosina. Aturdida, no supo qué decir. Se miró a sí

misma. Vestía el mismo modelo blanco ajustado al busto, escotado y juvenil, y cayendo en vollos desde la cintura. Calzaba altos zapatos, y en torno al talle aún llevaba el delantal de flores que le entregó Sol.

—Encantadora —dijo él, bromista.

—No debo, señor. *Milady*...

Alargó la mano y con suavidad le quitó el delantal. Luego, la tomó del brazo.

—Vamos, señorita Bergerac.

Y fue. ¿Podría alguien resistirse ante aquella voz suplicante y persuasiva?

\* \* \*

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, no fumo.

—¡Ah!

La contempló una vez más. Sería agradable pasar todo el resto de su vida junto a una muchacha así.

La comida había tocado a su fin. Ahora, sentados uno frente al otro en sendos butacones, tomaban el café. Los ventanales estaban abiertos y por ellos entraba la brisa de la noche, mezclada con el aroma de las flores. Era agradable estar allí y tener al lado una mujer bonita, sincera y joven.

—De modo —sonrió Mark— que Ann se mete los dedos en las narices. ¡Qué divertido!

- ¿Pero hace usted caso de Tom?  
—¿Cree entonces que no es cierto?  
—Claro que no. Ann es demasiado distinguida.  
—Sí, muy distinguida..., pero no me asombra que meta los dedos en las narices.

A decir verdad, imagino de Ann muchas otras cosas peores. Por ejemplo, se escarba los dientes una vez come, le sudan las manos y tiene unas horribles pecas que disimula bajo una capa de maquillaje. ¡Oh, sí! Ann es la que menos me gusta.

—¿Le gusta alguna, quizá?  
Mark echó la cabeza hacia atrás. El cigarrillo echaba humo, una espiral ondulante que ascendía hacia el techo y se iba hacia la noche por el ventanal abierto.

—Eso es lo malo, señorita Bergerac, no me gusta ninguna de las cinco. Y... quisiera casarme.

—Pues elija a la más sincera.

Mark rio.

—¿Sincera? A fa mía que no es ninguna. Todas tienen máscara y sabe Dios lo que se oculta tras ella. Y el matrimonio no es para un día, ni para un año. Es para toda la vida porque yo soy cristiano.

—Pues busque en otro lugar. Hay mujeres buenas, señor Mansfield. Muchas mujeres buenas. Lo que hace falta es hallarlas.

—No es nada fácil cuando se tienen muchos millones de dólares. Porque no sé si usted sabrá, señorita Bergerac, que yo soy americano por mi nacimiento. Todo mi capital está en América. Pozos de petróleo en California, diques en Nueva York... — se echó a reír con desenfado—. Mi padre era inglés y mi madre americana. Yo soy un poco de todo.

—Pero vive en Londres, ¿no?

—A veces nada más. Hoy estoy en Escocia, mañana puedo estar en Londres, y dentro de una semana en California. A veces no es agradable tener tanto dinero.

Ella calló. ¿Qué podía decirle?

—Y necesito mujer —añadió Mark sin moverse, con los ojos cerrados y el pitillo entre los dientes—. La necesito por compañera y presiento que no voy a resistirme más. ¿Pero cuál de las cinco elijo? Fhyllis, detestable. Carolina hipócrita, lánguida, a su lado el matrimonio se convertiría en una rutina estúpida. Ann, descarada, se mete los dedos en las narices y suda —lanzó una carcajada y Vanja hubo de contenerse para no secundarlo en su risa—. Lil..., la más sincera de todas, pero no se casaría conmigo si no tuviera un yate y pozos de petróleo. Y en cuanto a Martine..., ¡que la soporte su madre!

—Entonces, todas descartadas.

—Eso es.

—¿Y en Londres?

Mark se incorporó. Aplastó la punta de su cigarro en el cenicero que ella le alargaba y manifestó:

—En Londres, en Escocia, en Nueva York, y en todas partes del mundo, yo soy el rey del petróleo. Si me llamara Mark Mansfield y no tuviera un centavo, encontraría esposas a mi gusto, pero así... es difícil.

—Márchese en tren, saque billete de tercera, hospédese en una fonda infecta y toque la armónica en los cafetines.

—¿De veras?

—Así hallará la mujer que le quiera por sí mismo.

—La idea no es consoladora porque amo la vida muelle.

—Entonces no se queje, señor Mansfield.

—Señorita Bergerac, permítame que le diga una cosa. Estoy pensando en ello

desde..., desde hace un año.

—¿Un año y no lo ha dicho aún?

—No me di cuenta de que esa cosa ocupaba mi pensamiento hasta esta tarde.

Alguien dijo en el grupo que la señorita de compañía *demilady* era incolora...

Rio de buena gana y se inclinó hacia la desconcertada joven.

«¡Incolora! —repitió pensativamente—. Incolora una criatura que es todo color.

Bien, eso han dicho y yo pensé...».

Vanja no se atrevió a preguntar qué había pensado. Deseaba marchar de allí. Las confidencias del millonario estaban llegando demasiado lejos y ella... no quería sufrir un desengaño. Admiraba a Mark Mansfield. Lo admiraba mucho y temía que... No, era preferible que él se callara. Pero Mark no calló.

—Pensé en hacerla mi mujer.

Otra que no fuera Vanja, hubiera lanzado una exclamación ahogada, se hubiera puesto en pie, hubiera reído divertida o enojada, o contenta, o disgustada. Vanja no hizo nada de eso. Quedó como estaba. No dijo nada. Tan solo sus manos en el regazo se apretaron nerviosamente. Mark arrastró la butaca y sus rodillas rozaron las de la joven.

—Eso he pensado. Y ahora me doy cuenta por qué no me interesó ninguna mujer.

Antes, cuando no la había conocido, pensaba en Carolina con agrado. En Fhyllis, en Martine, en las otras. Y un día, cuando quizá estaba próximo a dar gusto a mi tía casándome con una de sus candidatas, apareció usted. La vi sentada junto a *milady* con las piernas juntas y la cabeza alzada. Y recordé el arpegio de su voz a través de mis viajes incansables, recordé el olor de las flores que usted colocaba en los búcaros. Y recordé sus ojos.

Había poca luz en la estancia. Se oía a lo lejos el trajín de los criados, los ruidos nocturnos en el parque. Y allí la voz cálida que estremecía el cuerpo joven de Vanja Bergerac.

—Ya le dije —añadió él— que me agrada la oscuridad. He de querer siempre a mi mujer sin luz artificial. Y me será grato, me producirá hondo deleite oír su voz en las tinieblas. ¿No me dice nada?

Se agitó. Mark buscó las manos en el regazo y las tomó entre las suyas.

Las oprimió fuertemente y se inclinó sobre ellas. Eran unas manos pequeñitas, delgadas y suaves. No estaban adornadas y las uñas pulidas sin pintura parecían más infantiles. Besó los dedos uno a uno, después aplastó su boca en las palmas tibias y sintió que se estremecían. Luego, besó la muñeca y sus labios rodaron brazo arriba. Ella lo rescató sin violencia, pero enérgicamente.

—Está usted diciendo tonterías, señor...

—No son tonterías y tú lo sabes, Vanja. No sé por qué, desconfiando de todas las mujeres, voy a creer en ti. Pero creo. Si me dices que correspondes a mi cariño, te creeré.

—Pues no le quiero —dijo con firmeza.

Y se puso en pie, saliendo precipitadamente de la estancia. Mark no se movió. Miraba obstinado hacia la puerta y cuando ella desapareció del todo, suspiró con fuerza y encendió un cigarrillo, que mordió sin piedad alguna.

Era eso. ¡Estaba enamorado de ella como un loco!

## V

Le huía. Eran inútiles sus intentos de aproximación porque ella no los deseaba. Huía de él como si fuera el mismo demonio. Ya no tenían lugar las charlas agradables durante las siestas de la dama. Ni su risa juvenil se oía en el salón junto a los criados. No la tropezaba en los pasillos inmensos ni acudía a su llamada si él la enviaba a buscar por Sol. Siempre la misma respuesta: «La señorita Vanja no se encuentra bien, señor». ¡Diablo de mujeres!

Y llegó el jueves. La vio enfundada en un modelo negro haciendo más estilizada su figura. Un poco más delgada quizá, más pálida, pero ella, aquella criatura angelical que Ann decía era incolora. ¡Absurdo, una muchacha incolora cuando todo en ella era colorido! La vio ir de un lado a otro con la bandeja, sonriendo gentil. Y los ojos de Mark con disimulo buscaron ávidamente la mirada luminosa. No pudo hallarla. Le huía una vez más. Pero ¿por qué? Una mujer que no ama, que siente indiferencia, no tiene por qué huir. Y amándolo, si es que lo amaba, ¿por qué huía asimismo?

La velada de aquel jueves fue un suplicio insoportable. Bailó con todas, como siempre, y se sintió asqueado junto a cada una de ellas. Y cuando las vio salir sintió un alivio indescriptible. Creyó quizá, que como aquel otro jueves, ella bajaría a arreglar el salón, pero no fue así. Sol y Tom, mudos y absortos, iban de un lado a otro apagando lámparas y candelabros. Recogiendo la plata y levantando las mullidas alfombras.

Se fue al yate. Dormiría allí. De buen grado hubiera levado anclas aquella misma noche, pero tenía miedo a perderla y se hallaba firmemente dispuesto a hacerla su mujer por encima de tía Isabel y del mundo entero. No era fácil hallar una joya y él estaba seguro de haberla hallado.

Al amanecer llegó Tom. *Milady* se encontraba muy mal. El médico de cabecera estaba a su lado, pero no parecía contento. Él adoraba a su tía, aunque reconocía todos sus defectos. Y subiendo al descapotable se dirigió al Castillo.

—¡Hijo mío! —gimió *milady*, al verlo aparecer en el umbral de su alcoba.

—¡Tía Isa...!

Se arrodilló a los pies de la cama y puso su cabeza rapada en las manos de Isabel

de Mansfield.

Al otro lado de la cama estaba Vanja. Mark, tras besar a su tía, se irguió. Buscó los ojos grises. Ahora no huían. Su mirada era clara, transparente, quizá extraña por su fijeza al clavarse en los suyos.

—Voy a dejarte, querido mío.

Apartó los ojos de Vanja y los clavó en la enferma.

—No digas eso, tía Isa. Vivirás mucho tiempo a mi lado, ya lo verás.

—No podrá levantarse —dijo el doctor, interrumpiendo los lamentos de la enferma—. Mucho reposo, vida tranquila y disgustos los menos.

—No podré soportar esta quietud.

—Tendrá que soportarla, *milady*.

El médico aún hizo algunas recomendaciones y luego marchó prometiendo volver aquella misma tarde. Mark lo acompañó hasta el parque y allí le preguntó:

—El corazón —dijo escueto—. Un simple disgusto, una contrariedad pueden ocasionarle la muerte. No conviene que usted se marche ahora, señor Mansfield.

—Me quedaré en Troon.

—Es lo mejor. Puede vivir mucho tiempo, pero también... puede morir mañana mismo.

Se marchó en su coche. Mark, poco a poco, regresó al castillo y subió despacio las escalinatas. Entró en la alcoba de su tía. Esta, con la cabeza echada hacia atrás, dormitaba. A su lado, Vanja la miraba dulcemente.

A partir de entonces, Mark pasaba la mayor parte del tiempo junto a su tía. Le era grato estar allí porque estaba Vanja. Esta bordaba, o leía en voz alta, aquella voz que era un goce intensísimo para el hombre que buscaba mujer. Otras veces hablaban simplemente, pero jamás pudo tener un aparte con ella. La buscaba cada vez con mayor ardor y ella seguía huyendo, como si tuviera miedo. Y él se iba al club, salía por las mañanas una o dos horas y luego regresaba y se sentaba junto al ventanal y miraba hacia la figura inmóvil que bordaba o leía...

Una de aquellas tardes llovía. Mark no fue al club y subió a la alcoba de su tía hacia las cinco. Isabel de Mansfield, recostada en los almohadones, escuchaba la voz melodiosa que leía una obra clásica. Al entrar él, la voz vaciló y tía Isabel besó cariñosamente la frente que se le ofrecía.

—No lea más, Vanja. Vamos a charlar. Ayúdeme a convencer a este hombre para que se case.

Una rápida mirada se cambió entre ellos. Vanja parpadeó. Mark decidió en aquel instante jugarse el todo por el todo, y se dispuso a sondear el ánimo de su tía.

—Empieza ya, tía Isa.

—Me ayudará Vanja, ¿verdad, querida?

—Desde luego, *milady* —afirmó con voz vacilante.

La cama en medio. Ambos sentados en sendos butacones, uno frente a otro. Mark se repantigó en su butaca y encendió un cigarrillo. Fumó con placer.

—Suponte, tía Isa —empezó con lentitud—, que en uno de mis viajes me enamoro de una joven sin fortuna. Una chica monísima, pero sin dinero, sin títulos...

—Descartado porque tienes bastante sentido común para que no te suceda semejante cosa.

Mark buscó los ojos luminosos. No los halló.

—Suponte que es cierto.

—No voy a suponérmelo, Mark, porque no querrás que me muera de ira en esta

cama y me moriría si eso sucediera.

—O sea, que tu satisfacción personal es antes que mi felicidad.

—Tu felicidad está al lado de Carolina Arnold.

Mark esbozó una extraña sonrisa. Ahora si encontró los ojos luminosos y vio en

ellos terror. Aquella mirada le pedía silencio.

—Quizá está al lado de Carolina, pero no voy a casarme con ella.

—¿Luego entonces es cierto que estás enamorado de una cualquiera?

La mirada azul parpadeó. Buscó la gris. Algo brillaba humedecido en los ojos

clarísimos. La vio agitada, apretando las manos, nerviosa. Evidentemente antes de hablar claro con su tía respecto a ella, le sería preciso cambiar unas frases con Vanja. Y desde aquel instante decidió que hablaría con ella aquella misma noche, tanto si Vanja lo deseaba como si no.

—No estoy enamorado —dijo evasivo—. Pero me gustaría estarlo.

—Cuando yo tenía veinte años dijo tu abuelo: «Isabel, este hombre será tu marido». Era la primera vez que lo veía y me asusté. Me casé con él y fui feliz. Los hombres de nuestra raza siguieron mi ejemplo.

Mark se puso en pie y dio algunas vueltas por la estancia.

De súbito se detuvo y se sentó en el borde del lecho.

—Tía Isabel, si yo contra tu gusto me casara con una mujer sin fortuna y sin

títulos, ¿tú qué harías?

—Me moriría de dolor —dijo ahogadamente.

Y Mark supo que se moriría, en efecto.

—No obstante, mi padre, o sea tu hermano, no fue un noble.

—En efecto, no lo fue, pero su inmenso capital fue bastante como para serle

disculpada la falta de nobleza.

—Tengo entendido que a tu marido no le permitían casarse contigo. Tú eres una simple Mansfield y en cambio él era un grande de Inglaterra. Suponte por un instante que tu marido no saltara por encima de todo.

—Quiero que sepas, Mark, que mi padre y el padre de lord Hamton eran íntimos amigos. Creo que te han informado mal al respecto. Si algo hubo de eso, fue siempre rivalidad de mujeres. No era lord Hamton quien se oponía, sino su esposa. Y como ya sabemos, las esposas en estas cosas son una nulidad. Yo no amaba a lord Hamton, pero le quise mucho después y...

—Aprendiste pronto su lección, ¿no es cierto? Te has ambientado de tal manera en el mundillo elegante que nadie dudaría de tu preclaro origen.

—Repito, Mark —dijo la dama enfadada—, que los Mansfield estuvieron siempre bien relacionados y la prueba la tienes en ti. Careces de cuarteles de nobleza y, no obstante, eres recibido en la corte como...

—Como exige mi dinero —rio Mark, cortante.

—Y no obstante —añadió la dama más enfadada aún—, tu origen americano...

—Dejemos esto, ¿quieres? En verdad nos apartamos de la cuestión.

—Dejémoslo. Hablábamos de tu boda con Carolina. Mark se echó a reír.

—Cuando te pongas buena, seguiremos esta conversación. Ahora ruega a tu señorita de compañía que siga leyendo.

Vanja, que parecía sumida en hondas reflexiones, abrió el libro nerviosamente y leyó con voz insegura.

—¿Te sientes mal, Vanja? —preguntó la dama, observándola.

—En absoluto, *milady*.

Y huyó, roja como la grana, de la mirada azul que buscaba con afán sus ojos.

\* \* \*

Los criados trajinaban en la cocina. Mark, apoyado en la ventana de su alcoba, miraba hacia el jardín. La estancia se hallaba sumida en tinieblas y el hombre, muy tieso, con el pitillo en la boca, parecía una figura fantasmagórica. Solo la lumbre del pitillo daba luz en la noche. Allá, en la casita de Joe, había luz. Un farol del jardín esparcía rayos azulados que dibujaban estelas en la grava.

Eran las once de la noche y Mark, lanzando el pitillo al jardín, se dirigió a la puerta. Su alcoba siempre fue aquella. En la planta baja, con dos ventanales abiertos a la terraza y el tercero al jardín. Las flores trepadoras, entraban hasta el marco pintado de blanco y exhalaban un aroma exquisito en la estancia. Salió metiendo las manos en los bolsillos y, con cara seria, llamó a Sol.

—Dígame, señorito Mark.

—He de ver a la señorita Bergerac en seguida, para algo relacionado con la enfermedad de *milady*. Suba a su departamento y dígame que la espero en mi despacho.

—¿Y si se ha retirado ya, señorito Mark?

—Que se levante —dijo enfadado.

Y se dirigió al despacho. Cinco minutos después, la figura gentil se recortó en el umbral.

—Pasa y cierra —dijo serio, tratándola de tú.

Vanja, pálida y desconcertada, cerró y avanzó hacia la mesa.

—Siéntate, Vanja.

Se sentó en el borde de una butaca. Nadie diría que estaba nerviosa, pero lo

estaba. Mark, que iba conociéndola poco a poco, observó el nerviosismo en las manos entrelazadas en el regazo, en ella signo característico de nerviosismo.

—¿Sabes para qué te he llamado?

—No.

—Mírame para hablar.

El dedo de Mark alzó la barbilla voluntariosa. Se inclinó para mirarla a los ojos.

—¿Por qué lloras?

—Déjeme.



Apartaba la cara.

—Te quiero, ¿me entiendes, Vanja? Y no voy a dejarte escapar.

—Ya oyó usted hoy a *milady*...

Mark curvó los labios en una sonrisa desdeñosa.

—No voy a perder mi felicidad por el gusto de *milady*, Vanja, y tú me conoces

muy mal si lo crees así. Quiero casarme contigo.

Vanja se levantó despacio. Ahora sus ojos miraban de frente y el brillo de las lágrimas los hacía más luminosos. No dijo nada. Mark la miró largamente y después retrocedió un paso. Fue hacia el conmutador de la luz y le dio la vuelta. La estancia quedó en tinieblas. Solo ella vestida de blanco, erguida y callada, y él que avanzaba despacio, muy despacio.

—Ahora habla, Vanja. Quiero oír tu voz en esta oscuridad. Dirás que es una manía..., ¿qué importa? Cuando seas mi mujer, tú misma llegarás a acostumbrarte a apagar las luces cuando vengas a mi lado.

Lo tenía junto a ella. Temblaba la muchacha.

—Vanja, nadie habrá capaz de apartarme de ti. He buscado como un loco durante

años y años y... la mujer que busco eres tú.

—Puedo aceptarlo por su dinero, señor Mansfield —dijo la voz grata, que resultó llena de ternura en aquella semioscuridad.

Por el ventanal abierto entraba la luz que despedía un farol a lo lejos. Por medio de aquella luz, Mark veía los ojos preciosos que ahora miraban de frente.

—Sé que no —murmuró muy bajo—. Eres demasiado noble para venderte a un hombre, aunque ese hombre sea joven y millonario.

Las manos femeninas, caídas ahora a lo largo del cuerpo, se agitaron. Mark se acercó más a ella y las tomó entre las suyas. La dominaba con su estatura y hubo de inclinar la cabeza para besar aquellos dedos casi infantiles que temblaban bajo sus labios.

—Por encima de todo, te haré mi mujer —susurró—. Por encima de todo, vida mía.

—Déjeme...

Era un gemido casi imperceptible, pero no se apartó.

Y como aquella otra noche, los labios masculinos rozaron los dedos, las palmas,

la muñeca y luego los hombros.

Se agitó como si la sacudiera un huracán. Y fue entonces cuando Mark, impotente para contenerse, la estrechó contra sí y con su boca buscó la de ella.

—No..., señor.

—Sí, Vanja. Es más fuerte que nosotros dos. No temas, vida mía —susurró

apretándola más y más hasta dejarla muy quieta bajo sus ojos—. Te quiero para siempre. No es un capricho de niño rico, porque yo, pese a mis millones, nunca fui caprichoso. Te quiero para toda la vida.

Las manos femeninas trataron de apartarlo, pero Mark rio quedamente. Jugó con

los ojos que le huían.

—¿Te das cuenta? ¿Por eso me rehuías?

Ocultaba la cara en el pecho masculino y él le acariciaba el pelo suavemente.

—Por eso huía —gimió angustiada—. Por eso he de huir y ahora... no me

encontrarás.

—No vas a poder, pequeña. Te voy a tener prisionera bajo mis labios la vida entera.

—Será demasiado delicioso, pero vas a perderme porque no quiero que ella sufra por mi causa.

—Ella..., ¿te refieres a *milady*?

—Me refiero a tu único pariente a quien no puedes dar un disgusto de esta índole.

Se apartó de sus brazos y fue a recostarse en el marco de la ventana.

La siguió. La retuvo por la espalda. Ella se estremeció, si bien permaneció

inmóvil. Pero su mano, aquella mano casi infantil, se alzó y acarició suavemente la cabeza rapada.

—Mark —susurró—, has de olvidarme.

—¡Mark! Me gusta mi nombre pronunciado por tu boca en esta oscuridad. Vanja,

voy a quererte mucho, pequeña. Voy a cubrirte de joyas y de modelos. ¡Dios santo, llevarte en el yate conmigo, tenerte siempre cerca!... Y tú aprenderás a apagar la luz cuando yo llegue.

—¡Qué delicioso loco eres, Mark! Pero qué irrealizable cuanto dices.

—Iré ahora mismo a ver a mi tía y le diré lo que pasa.

Se separó rápidamente. Encendió la luz con brusquedad. Frente a frente se

miraron y ella enrojeció hasta la raíz del cabello bajo los ojos que ahora no eran sarcásticos.

—No, Mark. Decírselo a ella nunca. Tú no sabes... lo que supondría para Isabel de Mansfield que su único heredero se casara con su señorita de compañía.

—Pero yo te quiero —dijo fuerte—, y ha de saberlo todo el mundo.

Tocaron en la puerta en aquel instante y Vanja se estremeció. Alisó el cabello, se

mordió los labios y después abrió. Sol, pálida y nerviosa, la miró.

—¿Qué sucede, Sol?

—A *milady* le ha dado un colapso. Tom ha ido a buscar al médico.

Escapó escalera arriba sin mirar hacia atrás y Mark la siguió. *Lady Hamton*, con

los ojos semiabiertos, parecía respirar con fatiga.

—*Milady* —susurró Vanja, muy bajo—, nunca me perdonaré haberla dejado sola un instante.

¡Abnegada Vanja! ¡Maravillosa Vanja! En pie contemplaba la juventud y la vejez unidas ahora. Sonrió sarcástico. *Lady Hamton* podía empujarlo hacia Carolina Arnold, pero esta nunca se sentaría a su lado con aquella ternura. Y la niña desvalida estaba allí, sumisa, callada y cariñosa.

Besó a su tía y escapó de allí. No subió a la alcoba porque le era penoso ver a la

mujer amada junto a otra mujer que le negaba la felicidad. Cuando bajó, el médico le dijo muy serio:

—Señor Mansfield, debo comunicarle que su señora tía se halla en estado grave.

Un simple disgusto puede ocasionarle la muerte.

—Lo tendré en cuenta —dijo amable.

—Le he recomendado a la señorita Bergerac que no se mueva en toda la noche de su lado.

Se enfureció pero domeñó el enfado.

—No podemos obligar a la señorita Bergerac a pasar una noche en vela junto a una enferma —arguyó, dominando su rebeldía.

El médico arqueó una ceja.

—Tenga usted en cuenta, señor Mansfield, que Sol equivocaría las píldoras en cualquier momento. Tom es demasiado anciano para velar y los demás criados son una nulidad sencillamente. Por el contrario, la señorita Bergerac es joven, inteligente y tiene el título de enfermera.

—Ya.

Buenas noches, señor Mansfield. Si me necesitan, llámenme por teléfono.

—Buenas noches, doctor, así lo haré.

## VI

Tampoco él se acostó. En la antesala fumaba cigarrillo tras cigarrillo, esperando que ella se le reuniera. Pero transcurrían las horas y en la alcoba de *milady* todo era quietud. No obstante, Vanja se abstuvo de aparecer en la salita.

Tiró el cigarro por la ventana abierta y entró despacio. La dama dormía y a su lado, Vanja miraba el suelo con ojos hipnóticos. En silencio avanzó hacia ella y le tocó en el hombro.

Los ojos grises se alzaron.

—Pero...

—Ven —siseó.

De la mano la llevó hasta la salita y cerró la puerta.

—Pero ¿no te has acostado?

—Ya ves como no. Estoy aquí desde las once y son las dos de la madrugada.

—Qué locura. Vete a la cama.

—No... —contestó ella.

—Siéntate.

—Hazlo tú, prefiero estar de pie.

—Es que si yo me siento, te cogeré en mis brazos. Sonrió apurada. Sin responder

fue hacia el botón de la luz y le dio la vuelta. Él, maravillado, la siguió hacia la ventana.

—He pensado en lo que vamos a hacer, Vanja —dijo suavemente.

—¿Y qué es ello?

—Soy íntimo amigo de un sacerdote que vive en el santuario. ¿Nunca fuiste a ese

santuario? Está a tres kilómetros de aquí, hacia la montaña... Es un escocés simpático y comprensivo.

—Y supones que yo...

—Quiero casarme contigo.

Se separó. Lo miró de un modo raro.

—¿Sin el consentimiento de tu tía? ¿Estás loco, Mark?

Mark hundió las manos en los bolsillos y las apretó con rabia. Su figura en la

oscuridad parecía más delgada y más afilado el perfil de su cara.

—Si no lo hago así..., ella pretenderá que me case con Carolina. Y en un momento de desesperación, no sé lo que haré. Y te quiero, Vanja. Yo no he querido nunca a una mujer. Jamás he tenido novia, ¿me comprendes, pequeña? Mujeres, miles de mujeres, han pasado por mi vida sin dejar huella. La primera eres tú. La primera mujer a quien pido me ame y se case conmigo. Ella está enferma. ¿Cometemos acaso un pecado por querernos? No podemos renunciar a nuestra felicidad por el capricho

de una mujer enferma. Yo la quiero mucho, Vanja —añadió quedamente, mirando hacia el jardín envuelto en sombras—. Ha sido mi amiga, mi madre, mi consejera. Pero también te quiero a ti y no renuncio a tu amor.

Vanja le puso una mano en el brazo y se lo apretó nerviosamente.

—Pero cometemos un pecado mortal, Mark. Ella no merece que la engañemos.

—Ella llegará a quererte y un día quizá me atreva a decírselo cuando pase esto...

Ahora, dime que sí, que irás conmigo al santuario.

—No voy a ir, Mark. Deseo ser tu mujer tanto o más que tú deseas hacerme tu esposa, pero... —tapó se el rostro con las manos—. Imagínate, Mark, que nos casamos. Que todos ignoran el lazo que nos une. Imagínate tú buscándome por la casa. Imagínate que yo te bese a escondidas. Y por último imagina tu vida en las fiestas, junto a mujeres odiosas. No, Mark, prefiero esta incertidumbre que la rabia de saber que eres mío y estás al lado de otra mujer.

—No has de reprochármelo —susurró enternecido—, porque cuando te demuestre mi amor no quedará lugar a dudas. No sentirás celos porque es maravilloso saber que tendrás un marido y que ese marido se burla de todas las mujeres excepto de la suya.

—Aun así, Mark.

La atrajo hacia sí suavemente y ella se dejó prender con los brazos fuertes, entre los cuales parecía más frágil que nunca.

—Nadie ha de saber nada, Vanja. Nadie excepto tú y yo. Un secreto entre los dos, vida mía, un secreto dulcísimo que nos hará las horas maravillosas. Yo procuraré que tía Isabel te envíe al santuario. Yo me ocuparé de todo. Tú solo llegar allí y convertirte en mi esposa.

Los ojos grises se iluminaron junto a la cara cetrina. Suspiró y después gimió ahogadamente:

—Haz lo que quieras, Mark. No voy a poder negarte... nada.

Y como en aquel instante se sintió un gemido en la alcoba contigua, Vanja se encerró en la alcoba de *milady*.

Mark suspiró fuerte. Encendió un cigarrillo y bajó las escaleras meneando la cabeza.

\* \* \*

A la mañana siguiente, *milady* apareció mejorada. Y por la tarde subieron a visitarla Carolina y su madre. Vanja, muy modosita, permanecía sentada junto a la ventana mientras las demás hablaban. No perdía detalle de la conversación, aunque su pensamiento se hallaba muy lejos de allí.

—Hace dos días que no veo a Mark. ¿Qué es de él?

—Al amanecer marchó en su avioneta a Londres. Vendrá dentro de dos o tres días.

—Parece ser que esta vez su yate queda anclado en la bahía.

—Quizá todo el verano —sonrió la enferma—. Mark me quiere demasiado para dejarme sola en mi enfermedad.

—Te pondrás pronto bien —arguyó *lady* Arnold con sonrisa de complacencia.

—Eso espero. Además, mañana o pasado, cuando Mark regrese, se ofreció a ir al santuario a buscar ciertas píldoras que dice que son estupendas para evitar estos colapsos.

Vanja se dijo que Mark era un embustero delicioso. Era dulce tener un secreto sentimental con aquel hombre. Era dulce y turbador saber que iba a casarse con él. «Voy a arreglar todos tus papeles, cariño. Cuando regrese, serás medio mujer mía porque pienso casarme allá y la ceremonia religiosa la celebraremos en el santuario». Un beso cálido, hondo, y se fue.

—Sí, recuerdo que hay un médico en el santuario. Es un sacerdote que nunca sale de sus huertas y de su biblioteca.

—Pues es amigo de Mark.

—Lo celebro, querida mía. A ver si el jueves te vemos ya en el salón.

—Si puedo levantarme. Me llevará Tom en el sillón de ruedas y os haré los honores con mucho gusto.

Se despidieron al fin. A ella..., ni una mirada.

—Aproxímate, Vanja —pidió *lady* Hamton cuando madre e hija se hubieron ido.

—¿Leo, *milady*?

—No. Charlemos. Dime, ¿qué te parece Carolina Arnold? ¿No es una chica encantadora? Mark será feliz a su lado.

Vanja sonrió. ¿Qué podía hacer? Una sonrisa siempre puede considerarse una respuesta. Y Vanja sabía muy bien cuándo debía sonreír. La dama añadió:

—El hombre y la mujer, cuando se quieren de verdad, es después de casados. Mark está empeñado en que no es así.

—Yo nunca me casaría sin querer a mi marido —se atrevió a decir.

La dama la miró boquiabierto. Después soltó una risita y comentó:

—Es que tú eres una sentimental.

—Tal vez, *milady*.

—Hay que mirar las cosas bajo un prisma más prosaico, querida. El triunfo no es para los débiles sino para los fuertes. Y débil es un ser sentimental y soñador.

Se guardó muy bien de refutarla, pero bien sabe Dios que no estaba de acuerdo.

—Carolina es una chica encantadora. Y Mark dejará de ser un pobre hombre desorientado cuando se case con ella.

Tampoco respondió.

—Espero que se casen en este verano. Habrá una gran fiesta. Se casarán en mi castillo y acudirá toda la flor y nata de Escocia...

—A veces no me parece usted inglesa.

—Viví mucho en Escocia y amo el pueblo donde está enterrado mi marido... Los

Hamton eran oriundos de aquí y yo aprendí a querer estas tierras.

—Es lógico.

—Léeme un poco, Vanja. Creo que así me dará sueño.

Así un día y otro sin desfallecer, sin protestar. Y cuando aquella noche lo vio

llegar, ella, como otras muchas noches, leía una obra clásica. Al verlo en el umbral sus ojos parpadearon. Casi no la miró. Fue hacia su tía, la besó en la frente y dijo:

—Ya no me moveré de tu lado en todo el verano, querida tía Isabel. Mañana subiré al santuario y hablaré con el padre Damián.

Era una forma como otra cualquiera de decirle a ella que todo estaba dispuesto y Vanja, a su pesar, se estremeció.

—Me alegro, querido mío.

—¿Qué tal, señorita Bergerac? —preguntó.

Después, aproximándose a ella, apretó la mano que le alargaba.

La apretó con cálida fuerza, como si quisiera transmitirle su cariño por medio de

aquel apretón.

—Bien, gracias, señor, ¿y usted?

—Perfectamente. —Soltó la mano y añadió como al descuido—: Tendrá que venir mañana conmigo al santuario, señorita Bergerac. José se ha puesto enfermo y por aquellas montañas no puedo dejar el auto solo.

—Te acompañaré, querido —se apresuró a decir la dama—. ¿Verdad, Vanja?

—Como disponga, *milady*. —Luego, tras un esfuerzo, el ruego que era imperioso

en su interior—: ¿Puedo retirarme un instante, *milady*?

—Desde luego, querida.

Se alejó presurosa y Mark hubo de dominar sus nervios para no correr tras ella.

—Es una muchacha ideal —confesó la dama con cierto retintín.

—¿Quién?

—La señorita Bergerac.

—¡Ah!

—Pero ¿qué te pasa, querido? ¡Pareces en las nubes!

—De cerca de ellas vengo —sonrió, sarcástico.

—Te decía que la señorita Bergerac es ideal.

—¡Ah! ¿Sí? Nunca me he fijado.

—Pues lo es. Seguramente que no tiene ningún deseo de acompañarte al

santuario, pero como yo lo deseo...

—Sí, claro.

—Ve a bañarte. Te noto que estás incómodo.

—¿Incómodo? ¡Ah, sí, incómodo! —la besó en la frente—. Hasta luego, tía Isa.

Bajó de dos en dos las escalinatas.

—¿Has visto a la señorita Bergerac, Sol?

—Hace un instante entró en la biblioteca.

—Gracias.

Se encaminó hacia allí. Abrió. La vio en seguida. Estaba hundida en un diván con la cara alzada. Su cabeza descansaba en el respaldo y sus ojos muy abiertos miraban a lo alto. Se aproximó despacio, no sin antes cerrar la puerta. Se inclinó hacia ella. No dijo nada. Tomó el rostro juvenil entre sus manos y la besó largamente en la boca. Y ella puso sus dos manos sobre las de él y se las oprimió fuertemente.

—¡Vida mía!

—Mañana, Vanja...

—Sí, mañana empieza el suplicio para mí.

—Te compensaré.

Sonrió. Su risa en las tinieblas parecía más blanca, más luminosa.

—¡Tengo miedo, Mark! Un miedo atroz de que nos sorprendan en un instante de

esos en que nos olvidamos de todo para querernos.

—¿No te agrada tener un secreto conmigo? La incertidumbre es amor, pequeña Vanja.

—Me gusta tener un secreto contigo. Y desde mañana tendré otros muchos, pero nadie puede librarme de este miedo terrible. Suponte —añadió quedamente, sintiendo los labios de Mark en sus ojos— que Tom, Sol, Nelly, cualquiera, nos sorprende...

—No nos sorprenderán. Sabremos disimular.

—Pero supóntelo.

—Ya está supuesto.

—Deja de besarme y escucha.

—No puedo.

—Te digo que tengo miedo.

—Y yo te digo que te quiero.

—¡Oh, Mark, vida mía!

—¡Oh, Vanja, bonitísima y dulce Vanja!...

\* \* \*

—Dios os bendiga, hijos.

—Padre Damián, yo le ruego que nunca...

—Ya no tenéis un secreto entre los dos, Mark —rio el venerable sacerdote—. Lo

compartís conmigo y ello os servirá para no faltar jamás a los deberes de la Iglesia católica. Idos tranquilos y con Dios, amigos míos —añadió, cariñoso—. Nadie sabrá la clase de ceremonia que hemos celebrado hoy aquí, pero os ruego que antes de morir *lady* Hamton, se lo hagáis saber.

—Será un horrible dolor para ella.

—O quizá no. Ten en cuenta, Mark, que tu esposa es una gran muchacha *ylady*

Hamton siempre ha sido una mujer justa y caritativa.

—Le prometo —dijo Vanja, con voz insegura— que *lady* Hamton sabrá la verdad antes de morir.



—Gracias, hijita. Y ahora ten las píldoras que no salvarán a *milady* del viaje eterno, pero que sí aliviarán sus dolores.

—Gracias, padre.

Besó la mano del sacerdote y este hizo la señal de la cruz sobre su cabeza. Mark besó también aquella mano y la señal de la cruz se repitió. Minutos después, el descapotable bajaba bordeando la montaña.

En su interior, un hombre pasó el brazo por la espalda de la mujer y esta apoyó confiada la cabeza en su hombro.

—Nadie podrá separarnos, vida mía.

—Nadie, Mark, pero yo voy a sufrir.

—¿Sufrir?

—Suponte que Carolina...

No le dejó concluir. La besó en la comisura de la boca y dijo bajísimo:

—No habrá nadie capaz de hacerme olvidar los besos de una niña buena.

—Pero disimular, siempre disimular con el corazón en la boca. Tendré que

llamarte señor Mansfield y tú me dirás señorita Bergerac, con voz hueca y sin matices... ¡Oh, Mark, vida mía!

—A luchar, Vanja. ¿O es que te arrepientes?

—Merecerías que te dijera que sí.

—Pues prepárate. Es jueves y *lady* Hamton estará en el salón con sus invitados.

Llegaremos justamente a la hora de la merienda y tú tendrás que servir a las candidatas a mi blanca mano.

—Las odio.

—Vida mía, cuánto me gusta ese odio.

—¿Te estás burlando de mí?

—Me estoy enamorando más y más.

Se apretó contra él y dijo, quedo:

—Mark, yo no sé lo que vamos a hacer de ahora en adelante. No sé si te vas a

marchar en tu yate un día cualquiera y yo quedaré muy sola con tu recuerdo.

—Harás lo que yo te mande y no me iré en el yate. Las gentes de Troon van a asombrarse cuando observen que el yate de Mark Mansfield está anclado en la bahía durante todo el verano y quizá el invierno. Solo levará anclas cuando pueda llevar a mi lado a la mujer amada.

—Y viajaré a tu lado —susurró, conmovida.

—Y quedarás deslumbrada en aquellos camarotes que vas a compartir conmigo.

—Y contemplaré las noches cálidas apoyada en la borda, a tu lado.

El auto se detuvo. Mark se volvió lentamente, prendióla en sus brazos, la apretó

contra sí con ademán turbador y después dijo:

—Voy a besarte, pequeña. Estamos llegando al castillo y pasarán muchas horas antes de que pueda verte.

Vanja, ruborizada, alzó los brazos y ciñó el cuello, que apretó nerviosamente. Se

buscaron las bocas y el auto rodó luego.

—Toma, Vanja.

Y mientras el auto corría, la mano de Mark cerró en los dedos delgados de su esposa una cosa diminuta y fría.

—¿Qué... qué significa esto?

—Es la llave de mi alcoba. Dame la tuya.

Roja como la grana, pero con encantadora sencillez, la joven abrió el bolso y extrajo una llave pequeña.

—Toma, Mark. Quiera Dios que nunca tenga que pedírtela nuevamente.

La fiesta estaba en todo su apogeo cuando ellos llegaron. *Lady Hamton*, sentada en cómodo sillón, se hallaba al lado de Alicia Arnold. La juventud bailaba. Al ver a Mark y a Vanja en el umbral, Carolina avanzó presurosa. No se detuvo a mirar a la «chica incolora». Prendió el brazo de Mark con sus dos manos y susurró:

—Te estaba esperando, cariño.

Una rápida mirada, que pasó para todos inadvertida, hizo comprender a Mark que Vanja no estaba contenta. Pero era un hombre educado y correcto.

—Vanja, hija, ven a mi lado —llamó *lady Hamton*—. ¿Y mis píldoras?

¿Había ironía en la pregunta? A Vanja le extrañó aquella mirada escrutadora que la dama clavaba en ella y se sintió nerviosa, fuera de lugar. Pero supo dominarse y mostró las píldoras.

—El padre Damián dice que son eficaces.

—Ya lo veremos.

—¿Puedo retirarme, *milady*?

—Cámbiate de ropa en un instante y ayuda a Tom a servir la merienda.

—En seguida, *milady*.

Se inclinó levemente y atravesó el salón. Como siempre, nadie quería fijarse en

ella, pues aunque reconocieran su belleza y su distinción, todos lo disimulaban. Por otra parte, nadie se hubiera atrevido a obsequiar a una simple señorita de compañía en el castillo de la muy estirada Isabel de Mansfield.

Al cruzar el umbral encontró los ojos azules muy cerca. Nadie estaba por allí y ella pudo decir, quedamente:

—Si te vuelve a llamar cariño, grito. Tenlo en cuenta, caballero desdeñoso.

—¡Mujercita!

Y la sonrisa sarcástica danzó de nuevo en la faz cetrina cuando Martine se aproximó con la mejor de sus sonrisas.

Cuando Vanja apareció de nuevo en el salón con una bandeja en la mano, la cabeza alzada y los ojos entornados, nadie se fijó en ella. Fue de grupo en grupo y todos tomaban la copa sin mirarla siquiera. En un rincón, Mark departía amigablemente con Carolina, Martine, Ann y Lil. Fue hacia ellos directamente y se detuvo.

—Señorita... —susurró, con vocecilla armoniosa—. Señor...

Mostraba la bandeja. La miraron. Mark tenía un pitillo en la boca y sus ojos medio entornados miraban con expresión indefinible a la mujer que ahora huía de sus ojos. Observó cómo Carolina, tomando una copa, la llevaba a los labios.

—Mark, cariño —dijo, quedamente—. La noche que des la fiesta en el yate no tomaré más que champaña.

—De acuerdo, Carolina.

—Me gustará contemplar la noche en tu compañía —apuntó Lil, burlonamente.

Vanja continuaba inmóvil, con la bandeja en las dos manos. Sus ojos parecían

absolutamente indiferentes. Ann tomó su copa y le sonrió.

—¿Usted no irá a la fiesta, señorita Bergerac? Pida permiso a *milady*. Merece la pena asistir.

Sonrió sin responder.

Martine tomó otra copa y ella, inclinándose levemente, se marchó.

—¿Por qué no la invitas, Mark? —preguntó Lil—. La pobrecita nunca vería nada

igual.

—Ya sabes que mi tía es rígida tratándose de eso. No gusta de mezclar a sus empleados con sus familiares y amigos de igual a igual —repuso, con sonrisa extraña.

—Por una vez puede hacer una excepción —apuntó Ann, con retintín—. Después de todo, la pobre chica incolora...

—¿Por qué no bailamos? —cortó, seco—. Diré a Jim y los demás que vengan a buscaros.

Y con la mayor tranquilidad del mundo se marchó, dejándolas con la palabra en la boca. Mark, cuando quería, era el ser más incorrecto de la tierra. Se unió a un grupo de personas sesudas y observó minutos después cómo las chicas bailaban con sus amigos. Al otro extremo del salón, unos ojos grises cambiaron con los suyos una rápida mirada.

—¿ Y la señorita Bergerac?

—Ha subido con *milady*.

Tom le sonreía bonachonamente, mientras, como de costumbre, recogía el salón en compañía de Sol. Ambos hacían comentarios, pero al ver recortado en el umbral a su señor, se ruborizaron como dos niños y callaron. Mark, impaciente, paseó por el vestíbulo de un lado a otro. Más tarde, sin haber cesado en sus paseos, vino Sol a decirle que comiera solo, pues *milady* lo haría en sus habitaciones. Y la señorita Vanja la acompañaba.

Apretó los puños. El día de su boda y comiendo solo. Prefería hacerlo en compañía de su tía, mirando a distancia a la mujer que le pertenecía. Pero Sol le dijo que *milady* ya había comido y ahora la señorita Bergerac le leía.

—¿También ha comido la señorita Bergerac?

—También, señorito Mark. Se lo pidió *milady*.

—Cada día ponen una costumbre —gruñó, enfadado—. Bien, sírveme en el comedor pequeño.

—Al instante, señorito Mark.

Comió con un humor de todos los diablos. Tomó el café, fumó dos, tres y cuatro cigarros y continuaba del mismo humor o quizá peor. A las doce en punto sintió pasos que se aproximaban y el corazón le saltó dentro del pecho. ¡Cómo y de qué manera había llegado a querer a aquella criatura! Le salió al encuentro y cuando la vio, no dijo nada, la atrajo hacia sí y sin palabras, sin permitirle protestar, la besó largamente. Ella suspiró y besó, a su vez, como si su razón de vivir fueran los labios de aquel hombre que besaban su rostro.

—Pero, vida mía —susurró, suspirando.

—Lo he deseado tanto, que no voy a tener paciencia.

—Cálmate ahora.

Y lo miraba largamente a través de la oscuridad con una ternura conmovedora.

Aquella muchacha que en realidad era casi una niña, le hacía experimentar las sensaciones más diversas en un solo instante. Le inspiraba pasión, amor, cariño, ternura y deseo.

—Ven.

—He de retirarme ya, Mark. *Milady* no se encuentra bien y quizá me necesite esta noche.

La retuvo con ademán posesivo y la empujó por el oscuro pasillo.

—No, Mark, vida mía... Otro día, quizá...

—También yo te necesito tanto o más que *milady* —dijo, con acento bronco—. Y

tú me necesitas a mí, Vanja. Nunca nadie te quiso desde que murió tu padre y yo te quiero ahora. Y no te quiero para verte colocada en un escaparate como una figura decorativa. Eres mi esposa y te quiero, para tenerte junto a mí todo el tiempo que sea posible. Bastante transijo si permito que sirvas a esas... estúpidas y les llames «señoritas». Bastante transijo si consiento que otros ojos que no sean los míos contemplen tu figura.

Una puerta al fondo y la mujer fue levantada en vilo. La puerta se cerró con el pie y las sombras les envolvieron.

\* \* \*

Muchas horas después, la figura delicada se apartaba de los brazos exigentes.

—Pero, Mark, cariño mío...

—Es pronto aún.

La mujer sonrió veladamente. Sus dos manos acariciaban las sienes masculinas con ternura.

—Eres terrible, Mark. Sabes que alguien puede sorprenderme al salir y te quedas tan fresco. Sería más correcto que te vieran a ti salir de mi alcoba.

—De todos modos, hubieran creído lo que no es —rio, con picardía.

Vanja le pellizcó una oreja y rio quedamente escapando de su lado.

—Es delicioso este secreto nuestro, mujercita.

—Muy delicioso, pero terriblemente febril para mí, que vivo asustada.

La retenía contra sí. Era inútil escapar cuando él la deseaba a su lado. Sentía los

besos de Mark en su pelo, en su cara, en los ojos y en los labios.

—No darás fiesta alguna en tu yate, Mark. No podré resistirlo.

—No la daré a menos que me obliguen las circunstancias.

—Aunque te obliguen —pidió ella, bajísimo.

—Solo la daré si puedo retenerte allí.

—Sabes muy bien que eso es imposible.

—No hay nada imposible en la vida, queriendo dos algo que necesitan.

—Y yo te necesito —confesó ella, bajo los ojos muy azules.

—Y yo te adoro, Vanja, mujercita. Te adoro tanto, de tal manera...

No terminó y Vanja hubo de escapar de la eterna escena. Desde el umbral le envió

un beso con la punta de los dedos y luego la figura fantasmagórica se deslizó pasillo adelante en las tinieblas.

Así un día y otro disimulando, viviendo pendiente de su llamada, ocultándose como una ladrona, escapando de la mirada inquisidora de la dama, que, como todos, la notaba febril y temblorosa. «Nunca pensé que fuera tan sensible», pensaba alguna vez. Lo era porque todo la estremecía. Una mirada de Mark, su voz, un encuentro cuando menos lo esperaba en los largos pasillos, en los salones. Una noche, él entró en su gabinete particular y ella se echó a llorar como una criatura.

—Es horrible, Mark. Voy a morir si continúo así —gimió en sus brazos.

Pero luego era ella la que con voz cautivadora le infundía ánimos para seguir.

Parecía una niña y otras veces una mujer entera y decidida. Cambiaba de humor veinte veces diarias y en la alcoba lloraba a veces desconsoladamente sin saber por qué. Ella amaba a Mark como se quiere al compañero, al marido para toda la vida. Era soñadora y espiritual y todo su gran espíritu de mujer lo puso en aquel amor. Pero Mark era más humano y, como hombre, más exigente.

Así transcurrió un mes. *Lady Hamton* decidió dar una gran fiesta en sus salones y con tal motivo invitó a varios personajes. La casona inmensa se llenó de gente extraña. Vanja, más pálida y delgada que nunca, vio cómo invadían el parque, las terrazas, los salones. Y vio, asimismo, cómo Mark se multiplicaba para atenderlos. Fueron días de horrible ansiedad que pusieron círculos violáceos en torno a sus ojos. Quince largos días sin tener un aparte con Mark. Ni ella disponía de tiempo, ni Mark, siempre acaparado por hombres estirados y lindas mujeres aristocráticas. Casi lo creyó perdido, cuando una de aquellas tardes lo vio venir en compañía de una linda mujer. Ella, cargada con un brazado de flores, atravesaba el parque. Al llegar frente a ellos no pensó detenerse, pero la voz cálida de Mark la retuvo en seco. La voz de Mark, que hacía quince días que no oía junto a ella:

—Señorita Bergerac, permítame que le diga que ha desmejorado usted mucho.

—Gracias, señor, pero no tiene importancia.

—Tiene mucha —dijo serio, muy en su papel de amo protector—. Diré *amilady*

que le dé unos días de vacaciones.

El corazón le saltó en el pecho. Miró los ojos azules, de frente, rectamente, con valentía.

La mujer que acompañaba a Mark estaba detenida al lado de su marido y la contemplaba con ojos de bondad. Era una dama de unos cuarenta años, elegante, muy bien vestida, que respondía al nombre de Magda.

—No se moleste, señor —dijo, quedamente.

Los ojos azules seguían mirándola, mirándola intensamente, como cuando estaban solos, y la retenía junto a sí solo para contemplarla.

—Esta noche a las once subiré a su departamento para comunicarle lo acordado con *milady*.

¡Esta noche a las once! ¡Era una forma como otra cualquiera de advertirle que iría a verla aquella noche!

Se alejó con las flores apretadas fuertemente contra su seno y sintió que este palpitaba denotando una emoción intensísima.

\* \* \*

Pero Mark estuvo reclamado continuamente en el salón y no pudo acudir a la cita. Y la muchacha se mordió los labios con desesperación y decidió que disimularía ante

Mark como fuera posible. Consideraba una horrible humillación aquella espera inútil, impropia, además, de su condición de esposa y de mujer.

Magda a las doce se cansó de contemplar a Mark, que se creía inadvertido, y lo llamó aparte.

—¿Qué quieres, Magda?

—Querido muchacho, a ti te pasa algo gordo.

Mark se sobresaltó. Magda siempre había sido demasiado peligrosa a causa de su aguda observación. La contempló sonriendo y su sonrisa no desconcertó a su amiga.

—No te servirá de nada reír de ese modo, Mark. Conmigo las tretas sobran. ¿Quieres decirme por qué miras de ese modo hacia la puerta? ¿Por qué no oyes lo que dicen a tu lado? A ti, repito, te pasa algo gordo y estás maldiciendo interiormente a todos los encopetados personajes invitados de tu tía.

—Eres una visionaria, Magda.

—Mira, Mark, ya no soy una niña. Mis cuarenta años bien aprovechados me han proporcionado mucha experiencia. Por otro lado, te conozco muy bien, ¿no es cierto? Soy tu mejor amiga, me atrevería a decir yo. Has acudido a mí en distintas ocasiones a contarme tus cosas. Y esta vez necesitas desahogar en alguien y me parece que ese alguien soy yo.

Mark negó, terco.

De súbito tuvo una idea luminosa y, tomando a Magda por los hombros, la arrastró hacia un ángulo del salón.

—Magda, no sería correcto que yo dejara a los invitados de mi tía en el salón, ¿no es cierto?

—Lo es tanto que no podrías hacerlo ni aun para ver a la mujer... que amas.

Mark quedó boquiabierto, si bien trató de disimular.

—¡Qué cosas tienes! —rió nervioso—. Sí, ni siquiera para ver a la mujer amada, en el supuesto de que esta existiese.

—Eso —rió la otra—. En el supuesto...

—Ya sabes la conversación que sostuve esta tarde con la señorita de compañía de mi tía. ¿Recuerdas?

Magda fue ahora la que simuló... ¡De modo que era aquella muchacha lindísima, de grandes ojos pardos! ¡Tenía buen gusto el zanquilargo!

—La recuerdo —dijo sin ironía.

—Pues mi tía se niega a dar su consentimiento para esas vacaciones de que hablamos. Yo prometí subir a decírselo, pero no puedo. Me reclaman allí. ¿No ves?

En efecto. Desde el otro ángulo del salón, alguien llamaba a Mark.

—Sube tú y díselo, Magda. Explícale lo que pasa.

—¿No puedes dejarlo para mañana?

Los ojos de Mark parpadearon.

—No, no puedo dejarlo para mañana.

—De acuerdo, Mark. Iré yo. Me agradó la señorita Bergerac y no me será difícil

charlar con ella un ratito.

—Magda...

—Discreción absoluta —cortó ella, adivinando la recomendación.

Mark rio nerviosamente. ¿Creería Magda lo que no existía? ¿Y por qué no

confesarle la verdad? Era el primer secreto que tenía para su fiel amiga.

—Ya te diré el resultado de mi visita, Mark —murmuró ella, adivinando las encontradas sensaciones que bullían en el cerebro de aquel gran muchacho.

Recogió el vuelo de su modelo de noche y se lanzó escaleras arriba. Era linda la chica. Pero ¿qué relaciones existían entre ellos? ¿Y por qué Mark vivía siempre febril, como si estuviera en otra parte? ¿Y por qué saltaba del humor más estrepitoso a la apatía más asombrosa? ¿Y conocía *milady*, la estirada *milady*, lo que estaba sucediendo delante de sus narices? ¿Quién era la chica, aquella señorita Bergerac que, altiva, distinguida y silenciosa, se multiplicaba durante el día para atender a los invitados de su ama? ¡Curioso en verdad todo aquello! Mark era millonario, el hombre quizá más rico de América... ¿Sería la señorita Bergerac una aprovechada?

Encontró a Sol en el largo pasillo alfombrado.

—Quisiera hablar un instante con la señorita Bergerac. ¿Puede decirme cuál es su gabinete?

—La señorita Bergerac seguramente se ha retirado ya, *milady*.

—O quizá no —rio cariñosa.

—Al final del corredor a la derecha. Una puerta oscura.

—Gracias. ¿Hace mucho tiempo que se halla aquí la señorita Bergerac? —

preguntó, amablemente.

—Un año y pico, *milady*.

—Ya. Por lo visto la quiere usted mucho.

Los ojos de Sol, aquellos ojos grandes como nueces, se iluminaron. Una respuesta

era innecesaria, pero Magda se complació en escucharla:

—Mucho, *milady*. Aquí la adoramos todos.

—Buenas noches, Sol.

—Buenas noches, *milady*.

*Milady* siguió avanzando con la falda un poco recogida. Se detuvo al final del

corredor y tocó en la puerta. No había luz en la alcoba, y Magda supuso que la joven estaría ya dormida. Pero ¿dormida si esperaba la visita de su... amante?

Volvió a llamar con mayor fuerza. Sintió pasos y la puerta cedió.

Una figura blanca la miró con extrañeza.

«Lo esperaba a él —pensó Magda—. Sin duda alguna lo esperaba».

—Buenas noches —saludó con su mejor sonrisa—. Vengo de parte del señor

Mansfield.

—Pase.

Todo estaba en tinieblas y Magda recordó. ¿En tinieblas? ¿A quién le gustaban las tinieblas? Su sonrisa se acentuó y ya no le cupo la menor duda. La señorita Bergerac



esperaba a Mark Mansfield y no precisamente para oírle decir unas frases convencionales.

Vanja apretó el botón de la luz y la estancia se inundó de claridad. Entonces pudo Magda contemplarlo todo a su antojo. Una alcoba sencilla, pero bonita, con cierto sello personal que hablaba de la joven, cuya figura alta y esbelta, quizá demasiado delgada, pero sumamente distinguida, se hallaba en pie en medio de la estancia. Magda la recorrió de una sola ojeada. Chinelas de piel, pijama de raso negro y sobre este, una bata maravillosa que no costó un dólar. «Regalo de Mark», pensó. Una bonita muchacha con inocencia en los ojos muy claros. ¿Amante? No, estaba segura. Conocía a Mark. Nunca tuvo amantes. Amigas de un día o de dos y después nada. Y aquella joven...

Vanja soportó el examen sin pestañear, y cuando Magda, con toda tranquilidad, se sentó en el borde de una butaca, ella, sin decir nada, fue hacia la cama y se sentó en el borde.

—Mark quedó en venir a las once, señorita Bergerac, pero sus obligaciones sociales se lo impiden. Y me ha enviado a mí para hacérselo saber.

La joven no pestañeó. ¿Qué sabía aquella mujer?

—A mí me aburren los convencionalismos en el salón —dijo, con sonrisa amable

—, y por eso acepté encantada el encargo. ¿Le importa que fume?

—En modo alguno.

—¿Usted no fuma?

—No.

Pues Mark fuma mucho.

Vanja sonrió estúpidamente. ¿Qué podía decir? Era una alusión que ella no podía

recoger sin saber lo que Mark le dijo respecto a la intimidad de los dos.

—Mark es un muchacho encantador, ¿verdad?

Tampoco contestó. Limitóse a encoger los hombros.

«Es una chica inteligente», pensó Magda, complacida.

—Aquí, en Troon, las chicas se lo rifan.

—Sí.

—Usted observará todo desde su atalaya.

—Observo poco. Tengo ocupaciones que no me permiten el lujo de observar.

—Ya. Tengo el encargo de decirle que, al parecer, *milady* no da su consentimiento

para ese veraneo del cual le habló el señor Mansfield esta tarde.

Ahora los labios sensuales se curvaron en una sonrisa deliciosa.

«¡Bonita, bonita! —se dijo Magda—. Más bonita cuanto más sencilla. Y más

bonita cuanto se la mira más. ¿Qué relaciones existen entre ella y Mark?».

La contempló de nuevo. Delicada, exquisita. Las manos pequeñas y delgadas, de línea purísima, se entrelazaban en el regazo. Se apretaban nerviosamente. ¿Por qué estaba nerviosa?

No lucía sortija alguna, solo un aro delgado, sencillo, en el dedo medio de la

mano izquierda. Magda recordó haber visto otro aro similar en el dedo de Mark. ¡Curioso en verdad!

—Supongo —dijo, amable— que mañana por la noche le permitirán asistir a la fiesta que ofrece el señor Mansfield en su yate.

Ahora la estatua distinguida se agitó. Fue solo un instante, pero Magda ya dijimos que era observadora. Hubo cierto aleteo febril en los ojos bonitísimos.

—*Milady* no transige con esas cosas —dijo ella, veladamente—. Mi condición de señorita de compañía no me permite ciertas cosas.

—Pero Mark es más liberal.

Ahora los ojos parpadearon.

—El señor Mansfield no está obligado a nada conmigo, *milady*.

—De todos modos, yo le hablaré.

La vio ponerse en pie lentamente. Su figura, bajo el foco de la luz artificial, era

más delgada, más flexible. La admiró Magda. Encantadora en verdad. Sumamente exquisita dentro de aquella bata de firma cara.

—Le aseguro que no me muero por las fiestas de sociedad. En un tiempo, yo...

—sonrió apurada bajo la mirada inquisidora—. Fui hija de un elegante diplomático.

—¡Ah! Ya me lo parecía.

—Siempre sentí cierta animosidad hacia ciertas fiestas sociales.

—De todos modos, algún día se casará y se verá obligada a frecuentarlas.

—O tal vez me complazca en eludir las.

—¿Aun teniendo un marido millonario?

Las facciones de Vanja se atirantaron. Pero sonrió en seguida con sonrisa

inocente.

—Aun así.

—No descarta usted la posibilidad de casarse con un hombre rico.

—¿Acaso sé lo que me tiene deparado el destino?

Magda consideró conveniente despedirse. Era cerca de la una de la madrugada y

en el salón ya no se oían voces.

—Buenas noches, señorita Bergerac. Me retiro ya, si bien antes quiero decirle una cosa. Soy su amiga y amiga de Mark y me agradan los crucigramas. Tengo fama de mujer discreta y de indulgente para los enamorados.

Vanja sonrió inocentemente.

—Y en secreto le diré, señorita Bergerac, que detesto también las fiestas sociales.

Pero me he casado con un hombre exigente y me agrada acompañarlo. Es peligroso dejar a los hombres solos...

Sonreía y Vanja disimuló el efecto que le hacía la velada advertencia.

—Buenas noches, *milady*.

—Buenas noches, Vanja Bergerac. He de confesar que eres una muchacha

encantadora —añadió tuteándola.

Se cerró la puerta y Magda descendió despacio. La impaciencia, convertida en

una figura de hombre, se hallaba dando paseos precipitados por el vestíbulo. Magda sonrió.

—Mark.

Detuvo sus pasos y corrió hacia ella.

—Magda...

—Es encantadora, Mark. Has tenido gusto.

—Pero..., pero...

Magda, recogiendo el vuelo de su falda, siguió su camino y Mark la siguió

nervioso.

—¿Qué significan tus palabras?

—¿Desde cuándo usas aro de oro, mi querido zanquilargo?

Mark quedó de piedra, con la vista clavada en el rostro agradable de aquel

demonio de mujer.

—No te asustes, Mark. Ya sabes que tengo fama de discreta.

—Magda, en tu silencio va la vida de una persona a quien adoro.

—¿Te refieres a *lady* Hamton?

—Me refiero a *lady* Hamton.

—Pues procura disimular mejor. Y dime, querido muchacho, ¿desde cuándo

vienes torturando a esa pobre criatura llamada Vanja?

Mark aflojó el nudo de la corbata.

—Un mes.

—¿Y desde cuándo no la has visto a solas?

Mark tragó saliva. Para todas las personas de este mundo podía pasar por un

sátiro elegante. Para Magda era un muchacho, un simple zanquilargo con todas las debilidades adjuntas a un ser humano.

—Quince días —repuso, muy bajo.

—¡Quince días sin ver a la esposa a solas!

—¡Magda!

Esta sonrió indulgente.

—Mark, los hombres sois de una tranquilidad exasperante.

Y le cerró la puerta en las narices.

## VIII

Servía ella el aperitivo. Como siempre, nadie se fijó en la joven delgada y bonita que, vestida de blanco, iba de un lado a otro sirviendo a los invitados de su ama. Esta, repantigada en una hamaca, la veía ir y venir sin apartar de ella los ojos.

«Está muy delgada —pensó—. Y tiene ojeras. ¿Qué debo hacer?».

No hizo nada, por supuesto. La vio perderse en el vestíbulo y observó cómo los ojos de los hombres la seguían. No le agradó que se fijaran en ella.

Vio después a Mark en compañía de Carolina Arnold, que parecía coquetear con un hombre casi ausente. ¿Qué le pasaba a Mark aquella temporada? Cuando los invitados se fueran, sería cosa de que Mark realizara uno de sus viajes encantadores, que lo fortalecían para una temporada. Una extraña sonrisa curvó sus labios. Después pensó: «Quizá me apetezca hacer un viaje con Mark en su yate principesco. No soy tan vieja para no darme ese gusto. Además, me acompañará Vanja Bergerac». La idea debió parecerle estupenda, porque su sonrisa se acentuó y dejó de fijarse en la juventud para atender amablemente a *lady* Arnold.

Vanja regresó con los refrescos. Al pasar junto a la mesa donde Mark se hallaba, oyó decir a Carolina:

—Entonces, ¿me prometes que esta noche en tu yate...?

—Te lo prometo —oyó la voz inconfundible.

¡Paf! Al ruido que hizo la bandeja al caer al suelo, todos los ojos se volvieron

hacia la figura inmóvil que miraba obstinadamente los frascos rojos. Magda elevó su indolente mirada y una sonrisa de picardía le nimbó el rostro. Mark se estremeció de pies a cabeza y Carolina dijo en voz alta:

—Esta chica tiene las manos de mantequilla.

Seis ojos se clavaron severos en la faz extrañada de Carolina. Eran los ojos de Mark, de Magda y de... *lady* Hamton. Y esta, apoyada en su bastón de ébano, se puso en pie y caminó presurosa hasta la muchacha inmóvil.

—Vanja —susurró con voz que todos desconocían en la *estirada milady*—, no te preocupes, querida mía —añadió, poniendo su mano ensortijada en el brazo joven—. No tiene importancia.

Los ojos grises se alzaron. Y *lady* Hamton admiró, una vez más, la mirada hermosísima de aquella criatura desvalida.

—Retírate y no vuelvas —dijo, bajo—. Descansa, querida niña...

—He de seguir...

—Te lo ordeno —susurró, con voz conmovida.

Luego, elevó los ojos y miró a Mark fijamente.

—Mark —dijo en voz alta—, ten la bondad de acompañar a la señorita Bergerac.

No se encuentra bien.

Mark se estiró de pronto. Y Magda lanzó una burlona carcajada. Muchos ojos se volvieron hacia ella y Magda se quedó tan fresca y siguió sonriendo, ahora algo más discretamente.

Mark avanzó hacia la figura delgada. La tomó del brazo y dijo fuerte:

—Vamos, señorita Bergerac.

Se perdieron en el vestíbulo. En la terraza continuaron bebiendo con toda tranquilidad.

—Vanja...

—Prefiero que no me digas nada y te vuelvas a la terraza —dijo ella, soltándose

de su brazo.

—Pero...

—Lo prefiero mil veces, Mark.

Un criado venía hacia ellos y Vanja se estiró. Subían ahora por las escalinatas.

—Adiós, Mark.

—He de entrar en tu gabinete.

—No vas a entrar —dijo, abriendo la puerta.

Mark la empujó y entró, cerrando tras sí con un seco golpe.

—No has dominado tus nervios, Vanja —dijo, enojado—. Una mujer como tú

tiene el deber de domeñarse.

Era injusto. Estaba enfadado. ¿Con ella? Con él mundo entero, que lo privaba de lo que más quería. Pero no sabía o no quería explicarlo en aquel momento.

—¿Acaso no me domeño constantemente?

—No me llores y tiéndete en la cama. Necesitas descansar.

—No pienso hacerlo, Mark. Pero te ruego que me dejes sola.

—Diez días sin estar junto a ti y ahora me pides que te deje sola. ¿Es que tan poco

te intereso ya?

—Estás siendo injusto y no te das cuenta.

Avanzó. La tomó por los brazos, la miró hondo, a los ojos.

—Vanja, o estamos locos o nerviosos.

—¿Qué le prometías a esa estúpida de Carolina?

—¿Lo sé yo, acaso? Todo lo que ella quiso que le prometiera, menos quererla.

Trataba de apretarla contra sí. Pero Vanja no se lo permitió.

—¿Vas a enloquecerme tú ahora?

—Por favor, Mark. Estarán pensando que... Máchate.

La atrajo hacia sí.

—Sufro como un loco. Pero sería horrible que me vieran salir de tu cuarto. Es por

ti, vida mía. Yo sufro como jamás he sufrido y hoy... hoy mismo se lo diré a mi tía.

Se aferró a su cuello, lo besó impetuosa y pidió sobre sus labios:

—No, eso no. Espera. Te prometo que no me pondré nerviosa. Te prometo que no me celaré más.

—¿Pero son celos?

—Dios mío, ¿y me lo preguntas? No comprendes que eres mío y sin embargo...

—Vida mía.

—Y vas a dar una fiesta esta noche —se lamentó calladamente, apartándose

blandamente de su brazos, ofreciéndole la espalda—. Obsequiarás a Carolina y a sus amigas...

—Es de todo punto indispensable que ofrezca esa fiesta, Vanja —repuso, con acento bronco—. Es el broche final para que todos se vayan a sus hogares. El verano toca a su fin y después... se lo diré a mi tía. Le diré que eres mi esposa, que te quiero como un loco y que deseo llevarte a mi casa. Porque tengo una casa preciosa, Vanja, una casa que necesita una mujer como tú.

Ella continuó de espaldas. Sus hombros se agitaban y le costaba un gran esfuerzo aparentar serenidad cuando estaba destrozada.

—Sí, Mark. Haz lo que quieras, pero ahora déjame sola.

La apretó por la espalda y la volvió con lentitud. Los ojos muy claros brillaban con vaho de lágrimas y él los besó desesperadamente. Una y otra vez, como si quisiera darles alegría con sus labios. El cuerpo juvenil parecía no tener vida propia. Era una masa rígida dentro de sus brazos, y Mark se sintió impotente para darle vida.

—Parece que estás muerta —dijo, quedamente.

—Y lo estaré —suspiró, ahogándose.

—No te voy a dejar sola, amor mío. Que suban todos a buscarme y les diré la verdad. No puedo resistir esta situación por más tiempo. Cada día te veo más delgada, más pálida, más lejos de mí...

Lo empujó blandamente hacia la puerta.

—Tienes un deber que cumplir —dijo bajísimo—. Y yo sería una ingrata si te retuviera.

—Pero sufrimos como dos condenados.

—¿Acaso no lo somos? —sonrió la cara angelical.

Apareció en la terraza y lo rodearon. A nadie se le ocurrió preguntar por la señorita Bergerac. Sonrió con sarcasmo y se complació en burlarse como nunca de aquellas mujeres que eran odiosas y tenían el derecho de estar allí luciendo sus habilidades femeninas cuando su mujer, su propia mujer, se domeñaba en un cuarto sencillo. Fue irónico, burlón, sarcástico y frío para poner de relieve con voz queda y honda los defectos de todas aquellas mujeres que deseaban convertirse en la señora Mansfield. Todas tenían el mismo anhelo y Mark se burló de aquel deseo. Hubo revuelo en el grupo juvenil, y Magda, que adoraba la juventud, se aproximó lentamente al grupo. Oyó al satírico y una sonrisa de complacencia curvó su bien pintada boca. Oyó cómo Carolina se escandalizaba y cómo Ann enrojecía ante una frase demasiado alusiva.

—Hoy estás insoportable —dijo Lil, más franca que las demás—. ¿Quién te ha puesto de ese humor?

—Quizá tus ojos demasiado grandes, que no voy a poseer nunca.

Una risita sofocada y Magda se sentó tranquilamente en medio del grupo. Le agradaba sofocar a Mark, como él sofocaba a las candidatas a su blanca mano, y preguntó, con vocecilla de niña buena:

—¿Qué me dices de los nervios de la señorita Bergerac?

Al pronto, Mark miró en dirección a donde salió la voz y, al ver a Magda, una rara mueca crispó su rostro. Pero la sonrisa de Magda era cariñosa y suspiró aliviado.

—Se ha calmado un tanto.

—Es una estupidez dejar caer tan tontamente una bandeja —adujo Carolina, con acritud.

—¡Oh, sí! Es una estupidez. Dime, Carolina, ¿por qué no le tienes simpatía a la señorita Bergerac? Parece una buena chica.

—Me es indiferente dicha señorita, Magda. Pero considero de mal tono su descuido.

—Todos tenemos nervios.

—De acuerdo, pero no creo que ello indique algo en descargo. Los nervios de la señorita Bergerac, dada su condición de señorita de compañía de Isabel de Mansfield, deben ser inalterables.

—O sea, que a tu juicio, la sensibilidad de Vanja Bergerac no debe existir.

—Algo parecido —dijo, molesta.

—¡Qué curioso!

Mark y las demás muchachas contemplaban a las dos mujeres. El debate no tenía gran interés, pero las dos mujeres eran igualmente inteligentes.

—¿Qué es lo que le parece curioso?

—Lo que dices. Nunca supe que la sensibilidad se midiera, se tasara a gusto de cada cual.

—Dejémoslo, Magda, ¿no le parece? Es tonto hablar de algo que no tiene la menor importancia. Por otra parte, considero a Vanja Bergerac completamente incolora.

Ahora las cejas de Magda se arquearon con curiosidad manifiesta.

—¿Incolora? —preguntó, asombrada—. ¡Qué expresión más fuera de lugar tratándose de una muchacha todo colorido! Voy a hacer una cosa, Carolina, y te voy a apostar mi mejor caballo de carreras contra tu descapotable.

Ahora el asunto tomaba cierto interés. Carolina abrió mucho los ojos y Magda sonrió enigmática, cambiando una rápida mirada con el zanquilargo.

—¿Y por qué apostamos, si se puede saber, Magda?

Soy muy amiga de Isabel de Mansfield. Muy amiga, pese a la diferencia de edad.

Y voy a abusar por primera vez de dicha amistad.

—No la comprendo.

Todos estaban pendientes de sus labios. Hasta Mark, que no sabía en qué iba a terminar aquello. Solo comprendía una cosa grandiosa: que amaba con locura a Vanja

y que Magda sentía profunda admiración hacia su esposa, lo que equivalía a decir que un día tendría una fiel aliada ante Isabel de Mansfield.

—Voy a presionar a mi amiga para que esta noche la señorita Bergerac acuda a la fiesta en el yate en calidad de invitada. Y quedará terminantemente prohibido que nadie la trate con desprecio o antipatía. Y la apuesta consiste...

—¿En qué consiste? —preguntó Mark, balanceándose sobre las largas piernas.

—Yo apuesto a que Vanja Bergerac será la que más éxito coseche esta noche en tu velada.

—Eso no, Magda.

—Pero, Mark...

Mark se contuvo. Diez ojos lo miraban extrañados y Magda dijo, molesta:

—Nadie puede privarme de ese placer. Y será mucho para mí demostrarle a

Carolina Arnold que la señorita Bergerac no tiene nada de incolora.

—Es una apuesta absurda, Magda.

—¿No la aceptas, amiguita?

Enrojeció de rabia.

—La acepto.

Miró a Mark, le guiñó un ojo y dijo burlescamente:

—Ahora sigue con tus sátiras, zanquilargo.

Cuando se hubo alejado con su revuelo de faldas, dejando tras ella el exquisito

perfume que tanta personalidad le dio siempre en los grandes salones londinenses, Carolina dijo enfadada:

—¡Qué mujer más odiosa esta *lady* Bolton!

—Pero si es encantadora, Carolín —rió Lil, con su descaro acostumbrado.

Y Ann y Martine cambiaron una mirada aprobando la frase de su amiga Lil.

\* \* \*

En una esquina de la terraza, Magda charlaba amigablemente con su entrañable amiga.

—Es un capricho, Isabel.

—Un capricho que no me agrada, Magda. Es romper una tradición, cosa que nunca hice.

—Vivimos en el siglo veinte, querida mía. ¿Acaso tiene alguna importancia que tu señorita de compañía deje de serlo por una noche?

Los ojillos de Isabel de Mansfield brillaron de modo raro.

—¿De modo que... incolora?

—Eso ha dicho la hija de tu gran amiga.

—¡Incolora! Bien, demuestra que no lo es, Magda. La dejo en tus manos. Estimo

a Vanja como si fuera... casi mi hija. Nadie como ella para velar a esta pobremilady. Nunca he sentido a mi lado más cariño que el de Mark. Pero desde que la tengo a mi



lado... Soy también observadora, Magda, tanto o más que tú. Me gustaría que esta noche la señorita Bergerac atrapara un marido opulento.

—¿De veras te gustaría? —rio la otra, con cierto sarcasmo—. Ten en cuenta que te quedabas sin ella.

Isabel se puso seria.

—Tus reticencias me ofenden, querida mía. Y no me creas tan cruel como para no desearle... un buen marido.

—Un marido... millonario, por ejemplo.

—Márchate, Magda, y no seas burlona. Ve a decírselo a tu amiguita y cómprale un modelo precioso.

—Escotado, bonito, elegante... Me voy a divertir mucho esta noche, querida Isabel.

—¿Cuándo no son Pascuas para ti, intrigante?

Magda se fue riendo alegremente.

\* \* \*

Sabía muy bien dónde estaba el gabinete particular de Vanja Bergerac y se encaminó hacia allí. Encontró a Sol en la escalinata, pero no le preguntó por ella. Prefería cogerla de sorpresa. Sin llamar, con todo descaro, empujó la puerta. No fue advertida su presencia y Magda pudo ver la figura inmóvil tendida en el diván con las manos tras la nuca y la vista muy clara alzada hacia el techo. Avanzó despacio y se detuvo a su lado.

Al pronto, Vanja quedó desconcertada, después se incorporó con lentitud y su mirada se clavó interrogante en *lady* Bolton.

Perdona mi impertinencia, Vanja.

—Siéntese, *milady*.

—Naturalmente que lo haré.

Se dejó caer en una butaca y suspiró. Miró a un lado y otro. La estancia sencilla

producía cierto calorillo íntimo.

—¿No tienes un cigarrillo, Vanja? Me muero por ganas de fumar.

—Pues... no fumo.

—¡Ah!

Sobre la mesa de laca había una caja y Magda supo que contenía cigarrillos. Los

cigarrillos de Mark. Estaba sentada junto a aquella mesa y su brazo descansaba en el tablero.

—¿Desea *milady* que baje a buscarlos?

Vanja se miró. Vestía la bonita bata que a raíz de su casamiento le regaló Mark.

Bajo ella la combinación de encajes y sus pies hundidos en las chinelas sencillas de piel. Más bonita, si cabe, le pareció a Magda con aquella melancólica mirada y el temblar perceptible de su boca sensual. «¡Qué gusto tiene este condenado Mark!»,

pensó analizándola, comparándola con aquellas cuatro antiguas jóvenes que jugaban a conquistar a un hombre..., ya conquistado.

—¿No te sientas, Vanja? —preguntó, cariñosa—. ¿O prefieres que me marche?

—No, claro que no.

La mano de *lady* Bolton jugaba como al descuido con la bonita caja de laca. Y

Vanja, que sabía lo que había dentro, se estremeció. En una de aquellas distraídas vueltas la caja iba a abrirse, y... ¿qué explicación podía dar a la dama?

—Me trae aquí —dijo Magda, adivinando el caos de encontrados pensamientos que bullían en la mente de la joven— un encarguito.

—Estoy a disposición, *milady*.

—Eres muy amable, pero me temo que esta vez voy a estar yo a la tuya.

Interrogaron los ojos bonitos.

«¿Cuántas veces besaría Mark aquellos ojos lindísimos?», se preguntó la dama.

—Me envía Isabel de Mansfield, querida mía.

—¿*Milady*?

—Exactamente, *milady*.

—Pero...

La caja se abrió y varios cigarrillos egipcios quedaron entre los dedos de Magda.

Esta no miró a la joven. Adivinaba su expresión espantada. Tomó uno con la mayor naturalidad y dijo:

—¿No tienes por ahí el mechero de Mark?

Vanja estuvo a punto de desmayarse. Pero se puso en pie bajo la mirada divertida

de la dama y retrocedió. Sin dejar de mirar a Magda, abrió el cajón de la mesa de noche y el mechero de oro surgió en su mano temblorosa. Avanzó con él. Lo tendió.

La chispa osciló y Magda soltó la carcajada.

—Eres demasiado sensible —susurró, enternecida—. Trae acá, chiquita, yo lo encenderé. Y siéntate de nuevo, por favor.

Pálida, temblando como la hoja en el árbol, Vanja se dejó caer en el borde del diván. Tenía las rodillas juntas y los párpados casi velados. Las manos infantiles se cruzaron apretadas en el regazo.

Magda, con la mayor naturalidad del mundo, cerró la caja de laca, dio varias vueltas al mechero entre sus dedos y comentó:

—Es un mechero precioso. ¿No tenía una M y una coronita de brillantes?

Recuerdo muy bien que se lo regaló *lady* Hamton. Y recuerdo asimismo las palabras que le dijo: «Consévalo, Mark, porque algún día esa corona te pertenecerá». Ahora no veo ni la corona de Hamton ni la M.

—Precisamente lo tengo ahí para...

—¿Arreglar?

Se ha caído al agua y...

—Ya... Bien, nos apartamos de lo más importante. He venido aquí para...

—*Milady*, yo no quisiera que pensara... Dios mío... No Sé cómo explicarme...

—¿A mí? Nada tienes que explicarme, querida. Hazte a la idea de que soy adivina. —Se echó a reír—. Una adivina terrible que penetro en los corazones, en los pasillos y en los cajones de las mesas de noche. Pero nunca pienso cosas absurdas. Yo siempre voy derecha al objeto y no me equivoco nunca, y tú eres una chiquilla angelical. Por otra parte, me estoy fijando en ese aro de oro que llevas. Diríase que eres una mujer casada.

—*Milady*, yo...

—También Mark lleva otro. ¡Qué casualidad! ¿No te parece? —Una rápida transición y a renglón seguido—: Vanja Bergerac, esta noche vas a ir a la fiesta que ofrece tu marido en su yate.

La joven se irguió como si la pinchara un demonio. Sus ojos inmensos se clavaron desvariados en los de la dama reidora, y después buscaron de un lado a otro como si temieran que las paredes oyeran.

—¡*Milady!* —dijo, ahogándose.

*Milady* se puso en pie y la tomó por un brazo. La sentó en el diván y, luego de mirarla fijamente, la besó en la frente.

—Chiquilla, eres encantadora y admiro a Mark, que supo hallar el tesoro de tu cariño. Vístete, vas a venir conmigo.

—¿Ir? ¿Adónde?

—A comprar un modelo maravilloso.

Vanja sonrió al fin con amplitud. Se puso en pie rápidamente y fue hacia el ropero. Lo abrió de par en par y dijo, con voz encantadora:

—Mi marido gusta de verme en la intimidad de esta alcoba con modelos bonitos.

Magda abrió la boca de un palmo y se aproximó despacio.

—Ajá —exclamó maravillada—. Ese condenado de Mark... ¿Cómo no he

pensado antes en ello? Bien, entonces escúchame —dijo, con acento campanudo, muy propio de la mujer moderna que era realmente—. He convencido a Isabel para que hoy asistas a la velada en el yate. Allí no serás una señorita de compañía, sino una mujer más. Pero una mujer más bella que ninguna porque he apostado mi mejor caballo de carreras a que llevarías a todos los hombres de coronilla y no estoy dispuesta a perderlo.

—Pero, *milady*...

—Y como no pienso perderlo en modo alguno y en cambio deseo dejar a esa estúpida Carolina Arnold sin su descapotable, me harás el favor de aguzar tu coquetería aunque luego tengas que soportar unos azotes de Mark.

—¿Y cree usted, *milady*, que él...?

—Lámame Magda, chiquita, y deja de pensar en lo que diga él. Los hombres son especiales, y en el fondo halagará su vanidad el hecho de que su mujer sea la reina de la fiesta.

—Pero yo no puedo hacer eso sin el consentimiento de Mark.

La miró fijamente.

—¿Lo quieres mucho?

—¿Quererlo? —dijeron los ojos, asombrados—. Lo adoro y usted debe saberlo,

Magda.

—Mucho te has domeñado. ¿Sabes que me alegra haber aceptado la invitación de Isabel?

—Y yo también, Magda.

—Bueno, pues ahora que nos hemos quitado la careta, cuéntame cómo ha sucedido.

Se lo contó, era maravilloso hablar de ello con alguien que la comprendía, y Magda supo de las luchas horribles de aquella criatura domeñada en aquel ambiente de celos tremendos que consumían su sensibilidad, de las luchas para contenerse y no decir a todas que aquel hombre que ellas codiciaban era suyo, muy suyo.

—Pero cuando él viene a mi lado, me olvido de todo —dijo bajísimo, al final—.

Yo le quise desde el primer momento, pero nunca se me ocurrió pensar que Mark de Mansfield se fijara en mí. Y cuando me lo dijo, me asusté.

—Dime, amiguita, ¿sigue Isabel deseando que su sobrino se case con esa estantigua llamada Carolina Arnold?

—Pues... hace mucho que no me habla de ello.

—Claro.

—¿Por qué claro?

—Son cosas que digo yo por decir. —Se puso en pie—. Hasta luego, chiquita.

Vendré a ayudarte a vestir a las diez y media. ¿Te parece?

—Se lo agradeceré.

—Y ya sabes, agudiza tu coquetería.

—Mark se enfadará.

—Pero en el fondo se sentirá orgulloso de su tesoro. De un tesoro que solo él posee.

## IX

Allí estaba. Sentado en el diván con los ojos alzados hacia la mujer que intentaba tranquilizarlo.

—No, no y no.

—Pero, Mark, vas a privarme de un placer intensísimo.

—¿El placer de qué? —preguntó furioso.

—De tu yate, de asistir a una fiesta social.

—Has asistido a fiestas sociales y sabes bien lo que son, y en cuanto a ver mi

yate, has de verlo hasta que te hartes.

—Sabes que no voy a hartarme nunca.

—Te ruego, te suplico... ¡Dios! ¿Es que no lo comprendes? Todos los hombres tendrán derecho a mirarte, a tomar tu cuerpo, a halagarte, y esa endemoniada Magda te ayudará. Yo... yo no voy a resistirlo.

Se sentó en sus rodillas y le pasó el dogal de sus brazos en torno al cuello. Tapó con su boca la boca que hablaba y lo besó largamente. Luego, dijo:

—Pero tú sabes que soy solo tuya, vida mía.

Estaba desarmado, pero furioso aún.

—Eso no basta. Ellos no lo saben.

—Sácame a bailar y no me dejes en toda la noche —susurró, zalamera—.

Llévame a tu camarote, Mark, y yo me quedaré allí y haré lo que me mandes.

—Y Carolina Arnold se gozará en su triunfo. No y mil veces no. Si vas has de triunfar, pero yo prefiero que te niegues.

Saltó en sus brazos. Se aproximó a la ventana abierta, por la cual entraba la luz del parque...

—Bien, si así lo prefieres, no iré.

—Yo no podré resistirlo.

—¿Qué es lo que no vas a poder resistir?

—Qué te miren los hombres.

—Si vas a creer que solo me vas a ver tú en el transcurso de nuestra vida, no vas a

conseguirlo, Mark.

—Cada día, cada instante, cada segundo que dediques a otro hombre, me lo robarás a mí.

—¡Qué niño eres!

Se enfureció. No era un niño, sabía bien lo que decía. Por mucho que quisiera hacer Magda, todos sabían que ella era la señorita de compañía de Isabel de Mansfield y los hombres no eran buenos.

—Pero yo soy una mujer buena —dijo, enfadada—. ¿O acaso crees que solo soy

una mujer decente y noble desde que me casé contigo?

—No quiero ofenderte.

—Pues me has ofendido —dijo fuerte, mirándolo a distancia—. Me has ofendido

terriblemente, Mark.

—Perdóname.

—Tienes los nervios alterados y no sabes lo que dices. Preferible es que te marches.

—No quiero marchar.

—Notarán tu falta en el salón.

—Estoy harto, harto, harto —gritó, enfurecido, con las manos apretando las

sienes—. Y si sigo así voy a estallar de un momento a otro.

—Tranquilízate. No me moveré de aquí. Ya me contará Magda los incidentes de la noche.

—¿Me reprochas?

—No. ¿Quién soy yo para hacerlo?

—Eres mi mujer.

—Sí. Una mujer idiota que pretende meter su marido en una cáscara de nuez.

—¡Vanja!

—Durante quince días me has ignorado —siguió ella, enardecida—. ¿Acaso ellas

merecen más que tu esposa tu consideración?

—¡Cállate, Vanja!

—Me he callado durante mucho tiempo, cariño —dijo, ahogándose—. Tú no sabes lo que he callado y mordido viéndote junto a esas mujeres odiosas que dijeron que yo era... incolora. ¡Incolora! Quizá lo soy, pero me has querido y yo te correspondí a medida de tus deseos.

—Tranquilízate.

Lo tenía ante ella. Vanja se alejó. Envuelta en la bata de revuelos, parecía más alta y delgada. Más esbelta sobre su talle.

—Y te he visto inclinado hacia ellas, te he visto sonreírles. Quizá las hayas besado.

—¡Vanja! —exclamó, indignado.

—¿Acaso lo sé? Eres un hombre y ellas no son buenas. Te quieren por ese maldito dinero que a mí me importa un rábano. ¿O acaso crees que me importa? —rio con sarcasmo, y añadió—: Quizá lo pienses. Después de todo, nada tiene de particular, ¿no es cierto? La pobre, la incolora señorita Bergerac que no tiene un chelín.

—He dicho que te calles.

—No quiero —dijo en el mismo tono de voz—. He callado durante mucho tiempo y ahora no. ¿Sabes? Voy a tener un hijo tuyo. Un hijo de los dos...

—¡Vanja!

Otra vez se alejó de él, y Mark, maravilloso, solo sabía mirarla. ¡Un hijo de

aquella criatura! ¡Un muchacho o una niña bonita y frágil como ella!

—Y van a creer que me has pagado por recibirte en mi gabinete.

—¿Qué estás diciendo?

—Eso. Lo que pensarán todos cuando lo noten.

—Estás desquiciada esta noche.

—Sí, lo estoy. ¿Puedes tú evitarlo? Tienes miedo, ¿verdad? Miedo de que Isabel

de Mansfield te riña. Miedo de esas niñas estúpidas a quienes daría en la cara esta noche de buen grado.

La sacudió furioso y ella se apartó con violencia.

—No me toques, Mark. En este instante no podría soportarte.

Él la miró con fijeza.

—Quizá no sepas —dijo despacio— que esta noche con tu revelación me haces el

hombre más feliz del mundo. Y sabes, Vanja, que no soy cobarde ni tengo miedo a nada ni a nadie. Quiero que las cosas se solucionen por sí solas y han de solucionarse. Nada servirá que apresurara los acontecimientos y tú no lo ignoras. Y pese a todo, me haces responsable de delitos que nunca cometí.

—Eres un santo —dijo, mordaz.

—No lo soy.

—Ni yo una santa —manifestó, temblorosa—. Para quererte fui la esposa

enamorada, la mujer consciente, la niña boba quizá, pero no estoy arrepentida porque si hubiera que repetirlo yo lo repetiría. Pero para darles en la cara a todas esas mujeres que te desean y que se atreven a decir que yo soy incolora, soy una mujer humana como ellas y quiero demostrarlo.

—¿Yendo esta noche a la velada?

—Yendo esta noche a tu yate.

—Bien —dijo, dando un paso atrás—. Irás, Vanja. Y ponte muy bonita.

Estaba ya junto a la puerta. Ella se estremeció. Volvióse bruscamente hacia él y de

pronto echó a correr. Se colgó de su cuello y con apasionamiento muy propio de ella buscó con sus labios la boca masculina. Lo besó como jamás lo hubo besado y después dijo, sin apartarse:

—Permítame que vaya sin rencor. Olvida todas las tonterías que dije, vida mía, y recuerda tan solo que la señorita Bergerac es tu mujer y te va a dar un hijo.

—¡Mark!

—Son las diez y Magda vendrá en seguida a ayudarte.

—Así no.

—¿Por qué no?

—Porque estás enfadado y yo no iré.

—Irás. Ahora soy yo quien desea que vayas.

—No lo deseas.

—¡Lo deseo!

Y apartándose de sus brazos, abrió la puerta y salió.

La sombra de la mujer quedó quieta en el umbral. Cuando la puerta se cerró lentamente, Mark avanzó a oscuras. Otra puerta se abrió y un rostro sonriente asomó por ella.

—Mark —dijo la voz de Isabel de Mansfield—, en lo sucesivo has de hacerme el favor de no caminar por los pasillos como un fantasma cuando vengas de la alcoba de tu mujer.

Quedó clavado en el suelo, mirando con hipnotismo el rostro rugoso y burlón que desaparecía tras la madera tallada.

—¡Tía Isabel!

—Lárgate de aquí, tunante, y silencio.

Corrió escaleras abajo y se encontró con los ojos burlones de su amiga.

—Has sido tú, ¿verdad?

—¿Yo, qué?

—Se lo has dicho a mi tía.

—¿Yo? Pues, no. Juro que no.

—Entonces...

—Callemos, Mark. Callemos todos. ¿O es que *lady* Hamton piensa anunciar esta

noche la boda de su sobrino?

—Lo ignoro.

—Pues cállate.

—Ve a la alcoba de Vanja y convéncela para que vaya a la fiesta.

—Si ya está convencida.

—Hemos reñido y...

—No te preocupes, la convenceré.

—Pero no le dirás nada, ¿enterada?

—No.

—Buena suerte, Magda. —Se inclinó hacia ella súbitamente y añadió bajísimo—:

La niña incolora va a darme un hijo, ¿sabes? Y deseo que su distinción esta noche sea...

—Muy propia del millonario Mansfield.

—Muy propia del hombre que la ama.

\* \* \*

Los autos desfilaron hacia el muelle. En la noche clara y apacible, el yate en la bahía parecía un ascua de oro. En el Castillo solo quedaban Magda, Isabel de Mansfield y Vanja Bergerac.

*Lady* Hamton, en su habitación, esperaba que acudiera Magda, y esta daba los últimos retoques al tocado de su amiga, cuando la puerta se abrió y apareció el rostro enjuto de Sol.

—*Milady* me encarga dé esto a la señorita Bergerac. Dice que le gustaría verlo



colgado de su garganta esta noche.

—Magnífico —comentó, burlona.

—¿Qué es, Magda?

—Un medallón de brillantes, querida mía.

—¿Un medallón?

—Sí. Tiene la cara de un niño de rizos rubios. ¡Qué raro! ¿Verdad? Isabel cree

que no tienes un collar de perlas y desea que causes buen efecto esta noche.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco...

—¿Lo pongo?

—Claro.

Lo puso. El efecto fue magnífico. El brillo de las piedras cegador, y la estructura

del medallón en sí ponía una mota elegante en la garganta blanquísima. En los movimientos obligados, las piedras brillaban y la cara del niño de rizos rubios parecía sonreír.

—Me es familiar esta cara —comentó Magda, divertida.

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno, no pensemos en nada ahora. No tenemos tiempo que perder.

—Tu capa, chiquita.

La capa, rica, costosísima —Mark sabía hacer regalos— cayó sobre los hombros

desnudos. Magda se complació en mirarla largo rato. ¿Incolora? ¡Dios santo, si era lindísima! Si no habría mujer en la fiesta más bella que ella. El modelo blanco como espuma apretado en el talle, cayendo en vuelos hasta los pies primorosamente calzados. Sin espalda, sin hombros, pronunciando el busto túrgido... Hermosísima. Y para mayor distinción, por todo adorno una joya colgada del cuello, un medallón de brillantes con la cara de un niño rubio...

—¿Vamos, chiquita?

—Vamos, Magda. ¿Sabe? Estoy temblando.

—Pues serénate. Las mujeres de Mansfield siempre fueron serenas y ecuanímes y

supieron comportarse en sociedad.

—Les haré honor esta noche, aunque me cueste la vida.

—No ha de costarte —rio Magda, enternecida.

Cuando Isabel de Mansfield vio a la joven, no dijo nada, pero su mirada era harto

expresiva. No hizo mención del medallón, se limitó a besarla en la frente y a decir después:

—El auto nos espera. Mark creerá que no acudimos a su fiesta.

Minutos después, el auto, con las tres mujeres, rodaba por la colina, bordeando la

montaña. Una vez en el muelle, el chófer uniformado abrió la portezuela y las tres mujeres descendieron. Cruzaron la pasarela, al final de la cual dos hombres de etiqueta recibían a los invitados. Uno era el capitán del buque y otro Mark Mansfield

con su uniforme blanco de marino ¡Y qué guapo estaba Mark con aquella indumentaria!

—Tía Isabel —dijo, quedo.

—Hola, muchacho.

El muchacho besó la mano de Magda y después sus ojos se clavaron en la figura delgada y bonita, deslumbrante, que le sonreía tímidamente.

—Querida —susurró—. Sois las últimas invitadas. Precisamente vosotras, a quienes... debo mi felicidad.

Vanja miró a un lado y a otro con susto: Isabel, riendo burlona, se perdía del brazo de un caballero, y Magda, apretaba conmovida el brazo de su marido. Y ella hubo de colgarse con las dos manos del brazo de aquel mocetón.

—¡Lindísima!

—Pero estás enfadado.

—No estoy enfadado. ¿Sabes que hoy vas a quedar en el yate?

—¿Hoy?

—Esta noche.

—¡Qué locuras dices, cariño!

Y sus manos apretaban el brazo masculino con nerviosismo. Él posó una mano en

aquellas otras y las apretó cálidamente.

—No estoy loco. Si acaso, loco por ti, señora Mansfield.

—Que te van a oír.

En cubierta, solo ellos. La música del salón llegaba hasta allí. Los faroles de colores iluminaban la cara, la garganta y el busto de la mujer.

—Vanja, ¿quién te dio ese medallón?

—Me lo envió Isabel de Mansfield por Sol hace un instante a mi gabinete.

Él tomó el medallón entre sus dedos y dijo bajísimo, adentrándose en los ojos tan

claros:

—Vida mía, ahí tienes a Mark cuando era un niño de cinco años.

Vanja se estremeció de pies a cabeza.

—¿Tú? Luego entonces...

—Sí.

—Pero...

—Ya nos contará cómo se ha enterado. ¡Deliciosa *lady* Hamton!

Esta, entretanto, llenaba el gran salón del yate principesco. En la puerta, la voz

gutural de un hombre uniformado anunció:

—*Lady* Hamton... Lord y *lady* Bolton.

Saludos, sonrisas, inclinaciones, besuqueos. Y en el salón hubo cierto revuelo entre la juventud. ¿Y la señorita de compañía? Decididamente, Magda Bolton perdía la apuesta. Carolina iba a aproximarse a ella, cuando la voz gutural anunció:

—El señor y la señora Mansfield.

Y en el umbral, dos figuras jóvenes, hermosas, radiantes...

\* \* \*

Los saludos de rigor. El asombro, la decepción, el desencanto, la admiración en los hombres, la envidia, la humillación y la rabia en las mujeres jóvenes. Y en el ángulo del salón, una Isabel rejuvenecida, dicharachera y amable para dar toda clase de explicaciones. Vanja y Mark, rodeados, abrumados a preguntas, y una Vanja que lograba escabullirse para ir a sentarse junto a su dama bienhechora.

Y esta dama, sin fijarse en ella, explicaba a la despechada/*ady* Arnold su novela amorosa.

—Suponte, querida... Yo estaba enferma. Ella quedó velándome y, de pronto, una figura arrogante que aparece en mi cámara y que se lleva sin más ni más a mi señorita de compañía. ¿No es muy divertido? ¡Oh, sí, mucho! Y enternecedor, ¿no crees? Y la boda que se concierta en las tinieblas con voz vacilante. Y ella que ama y se niega por mí. Me sentí emocionada, Alicia, te lo aseguro. Al día siguiente, naturalmente, la dejé ir al santuario. Y cuánto gocé viendo sufrir a mi condenado zanquilargo y a la señorita domeñada e... incolora.

Decidió intervenir:

—Tía Isabel.

—¡Ah! Pero ¿estás ahí, chiquita? Estoy contándole a/*ady* Arnold vuestra boda.

—Ya te oigo.

—¿Deseabas algo, chiquita?

La vocecita buena vaciló:

—Sí.

—¿Necesitas decirme algo?

Darte un beso tan solo.

—¡Chiquita!

La besó en la frente. ¿Dar, pedir explicaciones? Ninguna. Isabel de Mansfield,

radiante, hizo ver que conocía el secreto de aquella boda como la cosa más natural del mundo y demostró a todos que estaba rebosando felicidad, como así era en efecto.

En otro ángulo del salón, Magda se aproximó a la silenciosa Carolina.

—¿Cuándo envío a buscar tu descapotable, querida? —preguntó sencillamente.

Carolina la fulminó con la mirada.

—Supongo que no querrá usted decir que ganó la apuesta.

Magda abrió los ojos con divertido asombro.

—¿No? ¿Te parece poco triunfo, que una simple señorita de compañía incolora y

tal se haya llevado al hombre que codiciaron intensamente todas las niñas bonitas, no incoloras, de Troon?

Y con un revuelo de faldas y el perfume que dejaba tras sí, Magda se acercó a otro grupo y minutos después la pareja central abría el baile.

En una esquina, Lil sonrió filosóficamente.

—Muchachas —exclamó, mirando a sus amigas—, desde hoy me dedico a buscar marido.

—Tendremos que imitarte —repuso Ann, con la misma sonrisa.

—¿Sabes lo que te digo, Martine? —exclamó Fhyllis, que aquella noche era una invitada más por la propia Isabel Mansfield—. De casarse Mark, me agrada que lo haga con Vanja Bergerac. Hay que reconocer que es la más hermosa de todas nosotras.

—Porque no se lo haya llevado Carolina, doy por bien empleado el chasco de esta noche. ¿Os dais cuenta? La reina de la fiesta ya la tenía señalada Mark aquella noche que se burló de nosotras.

Mark se aproximó en aquel instante acompañado de cuatro hombres. Cuatro hombres interesantes, jóvenes... y con dinero, por supuesto, pues de otro modo no hubieran estado en el yate aquella noche.

—Os voy a presentar a mis amigos —dijo, mirando a sus candidatas con simpatía—. Os aconsejo que los aceptéis de buen grado. Valen tanto o más que aquel otro que conocemos todos.

Y con su risita sarcástica, se alejó, yendo al encuentro de una figura blanca que se dirigía hacia él. No le dijo si bailaba. Ya lo habían hecho dos veces aquella noche y en aquel instante la apretaba contra sí con ademán posesivo y turbador.

—Al amanecer levaremos anclas —dijo bajísimo en el oído pequeño.

—Dios mío, ¿por qué lo has hecho todo de ese modo? Fue un poco espectacular, ¿no crees?

La miró con asombro.

—Si no fui yo. Supongo que fue tía Isabel.

—¡Deliciosa tía Isabel! ¿Sabes lo que estaba contando a sus amigas? —susurró,

apretando la mano que presionaba la suya—. Nuestra boda tal como se desarrolló. O sea, que lo sabía todo desde el primer momento.

—Es encantadora. ¿Te parece que nos vayamos de aquí un instante? Te enseñaré mi cámara.

—Vamos.

Las dos figuras se deslizaron por los largos pasillos. Mark abrió una puerta y le hizo pasar.

Quedó deslumbrada. Tapices, cojines, alfombras, cuadros, figuritas...

—Parece de un cuento oriental —confesó, emocionada.

—Vamos a disfrutar de la luna de miel que no hemos tenido.

—El sabor de nuestro secreto, de nuestras entrevistas rápidas e intensas tienen

encanto.

—¿Las añoras?

Río divertida.

—No.

—¿No?

Volvió a reír y se colgó de su cuello. Las gasas perfumadas se confundieron con el traje de marino.

—Sí, porque fueron turbadoras. Pero estas...

—Sin trabas —dijo quedamente—, sin temores... Poder gritar al mundo entero que tengo mujer. La mujer que he buscado durante días y años interminables y fui a hallarla en casa de mi tía Isabel, que luchaba por casarme con...

—¿Las has besado alguna vez?

—Pero, Vanja...

—Dímelo, vida mía. Lo he pensado tantas veces cuando te veía a su lado...

La soltó. Fue hacia el conmutador de la luz y la cámara quedó en una dulce

penumbra. Solo por los ojos de buey entraban rayos rojos que parecían furtivas llamas, yendo a encender el rostro de la mujer, que ahora se abraza fuertemente a su marido.

Hundidos en el diván, con las bocas casi juntas, él susurró:

—Ahora pregúntame. Tu voz en las tinieblas me produce una dulzura indescriptible.

—Eres un caprichoso.

—Pregúntame.

—No, porque sé que no las has besado.

—Pese a mi sarcasmo, las respeté siempre porque nunca pensé hacerlas mi mujer.

—Solo me has querido a mí.

—A ti, incolora criatura.

—¡Incolora!

—No me explico cómo se atrevieron a decir eso de una mujer de tanto colorido.

—¿Soy bonita, Mark?

—Pero..., ¿te has vuelto coqueta de repente?

—A tu lado yo soy..., yo soy...

\* \* \*

—Magda, busca a la pareja ahora mismo.

—Pero, Isabel...

—No está bien que los anfitriones se escapen de ese modo —rio, con picardía—.

Los he visto salir por aquella puerta hace... dos horas. Y aún no han regresado.

—Te complaceré.

Pero no fue preciso porque la pareja, enlazada, entraba ahora en el salón. Había una dulce sonrisa cautivadora en la cara de la mujer bonita y una risita sardónica en los ojos azules.

Los invitados empezaron a desfilar. Mark y Vanja, junto a la pasarela, los despedían.

—Señora Mansfield...

Todos se inclinaban hacia ella. Le besaban la mano, las mujeres la cara. Al fin los coches se perdían en las gradas del muelle. Solo quedaban un lujoso «Cadillac» y un chófer uniformado que, tieso y firme, esperaba a su señora.

—Queridos...

—Salimos esta misma noche, tía Isabel —dijo el muchacho.

—Lo comprendo, queridos.

—Tía Isabel —susurró la muchacha, bajísimo—. Nunca olvidaré... ¡Nunca!

—Demuéstramelo volviendo a mi lado y trayéndome a este zanquilargo con

suerte.

—Te lo prometo.

—Y cuando el niño vaya a llegar...

Mark se estiró.

—Pero ¿también sabes lo del niño?

—Eso me lo ha dicho Magda. Lo otro... lo oí yo.

—Y te la has callado.

—Merecáis un escarmiento. Y, además, me agradaba ver fantasmas por los

pasillos silenciosos de mi Castillo.

—¡Oh, tía Isabel!

—Adiós, chiquita. Mereces ser feliz porque fuiste buena y paciente con una pobre

enferma.

Brillaba una lágrima en los ojos cansados de Isabel de Mansfield, la mujer que, decían, solo vivía para su linaje.

Un triple abrazo y luego el «Cadillac» que rodaba muelle arriba. Y las dos figuras que se cerraban en la regia cámara para quererse como dos seres corrientes y vulgares.

\* \* \*

—El yate ha desaparecido —dijo Lil.

Martine alzó los hombros.

—Me gusta mi compañero de ayer.

—Yo pienso cazar al mío.

En otro ventanal dijo Fhyllis a Ann:

—No es cosa de quedarse soltera, Ann. Me he decidido por el muchacho de ayer.

—Yo también.

En casa de Carolina, dijo *lady* Arnold:

—Has sido una estúpida, hija. ¡Mira que escapársete de las manos! ¡Mira que

haber consentido que una mujer incolora te lo quitar!

Carolina elevó sus grandes ojos.

—¿Incolora? —preguntó, quedamente—. Jamás he visto mujer más brillante, mamá.

—Eres estúpida, hija. Rotundamente estúpida.  
Carolina miró hacia la bahía y no respondió.



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el *Libro Guinness de Récords* 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un



mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.

# Document Outline

- [Un secreto entre los dos](#)
  - [Capítulo 1](#)
  - [Capítulo 2](#)
  - [Capítulo 3](#)
  - [Capítulo 4](#)
  - [Capítulo 5](#)
  - [Capítulo 6](#)
  - [Capítulo 7](#)
  - [Capítulo 8](#)
  - [Capítulo 9](#)
  - [Autor](#)
-